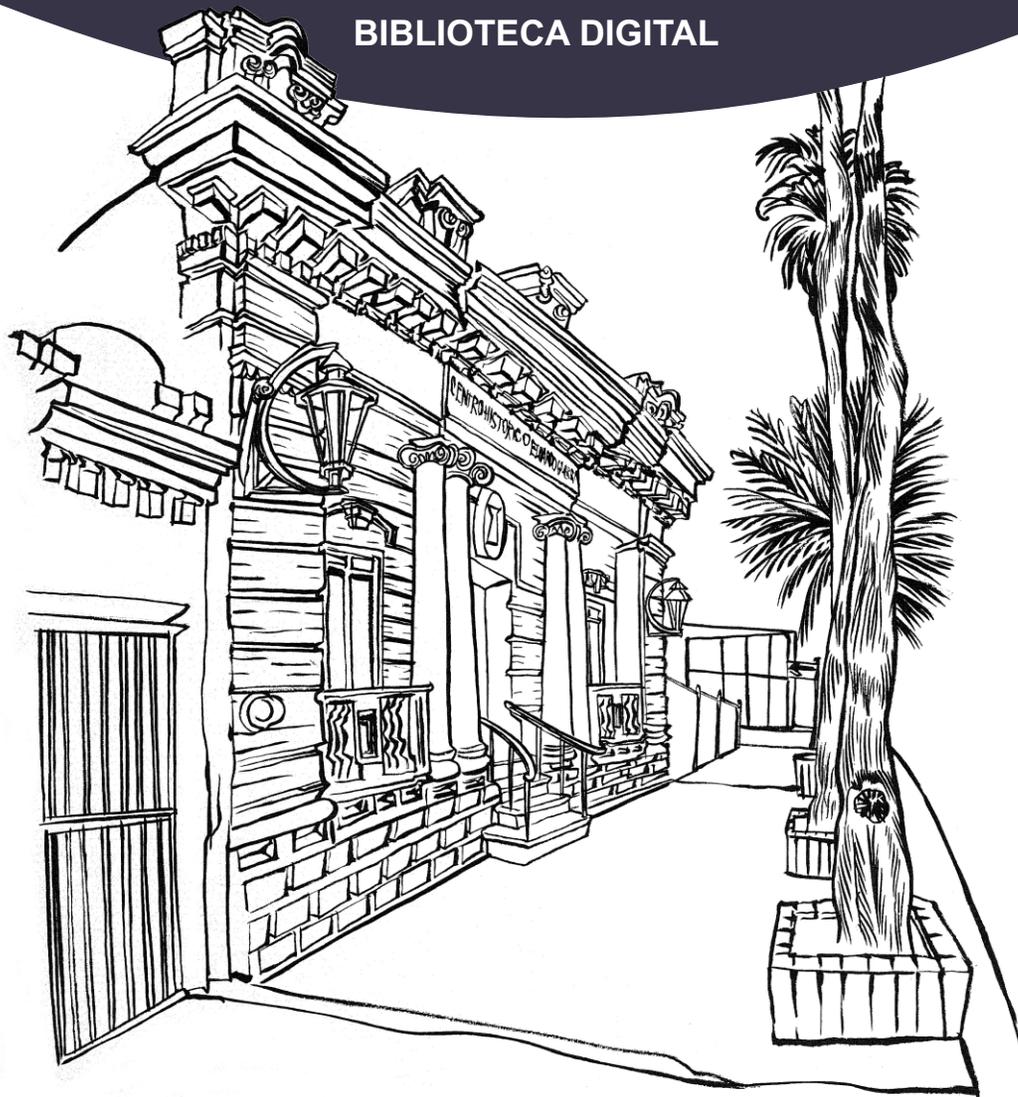




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



**ING. JOSÉ FEDERICO
ORTIZ ESCAMILLA**

Memorias de una vida en La Laguna



**ING. JOSÉ FEDERICO
ORTIZ ESCAMILLA**

Memorias de una vida en La Laguna



Investigación:

Ing. Alejandro Ahumada Rodríguez

Investigación:

Ing. Marcelo I. Bremer Bredée

Corrección de estilo:

Juan de Dios Rivas Castañeda

Diseño editorial:

Edgar Piña Ontiveros

Coordinación editorial y cuidado de la edición:

Mariana Ramírez Estrada / Laboratorio Cultural

Patrocinador

Coplasa, S.A. de C.V.

DEDICATORIA



A todos los descendientes del Ing. José F. Ortiz y a las futuras generaciones de laguneros, con el deseo de que su ejemplo de vida sirva de inspiración para que vivan plenamente, proyecten la alegría de ser útiles a su comunidad y den siempre ejemplo de trabajo y rectitud.

ÍNDICE

9	Presentación
11	Prólogo
13	Agradecimientos
15	Biografía
19	Banco de La Laguna
27	Activismo y participación
53	Entrevista realizada al Ing. Ortiz en el año de 1972
59	Familia
63	Correspondencia
65	Viajes
71	Memorias y anécdotas
77	XXX Convención Nacional Bancaria
91	Mis amigos los pintores
105	Acontecimientos importantes
115	El último viaje
117	Galería fotográfica

PRESENTACIÓN

José Federico Ortiz Escamilla, hombre de dos apellidos, como solía decir mi Padre: “A la gente de Monterrey se le conoce por los dos apellidos”.

Persona afable, alegre, paciente, cariñosa y orgullosa de su familia, es como yo lo recuerdo. Sin embargo, al pasar el tiempo —Dios me ha dado la oportunidad de leer algunos de sus apuntes— me he dado cuenta que fue una persona con un gran sentido humano y disfrutó cada momento que Dios le permitió sentir de su larga vida, 91 años. Desde sus memorias en los viajes que por Europa y el Mediterráneo realizó, describiendo con gran audacia sus vivencias diarias, siempre con un gran sentido del humor; pasando por sus memorias sobre sus “Amigos los Pintores”, donde en palabras compartía las desgracias del día a día de los artistas y su desfachatez por la supervivencia de lo cotidiano; sin olvidar la descripción de las alegres e interminables fiestas con sus entrañables amigos; hasta las cartas que describen el sufrimiento de un padre al no poder asistir a compartir con una de sus hijas (mi Abuela María Rosa) los logros que ella tenía en la vida de la escuela, por las limitaciones económicas que no dudaba él en comunicarle con ella no sin antes mostrar con gran elegancia el enorme cariño que sentía por su querida hija.

En mi memoria no podré olvidar esos paseos donde lo veíamos pacientemente instalar su banco de pintura para, después de un suspiro y de dejar el puro a un lado, iniciar con los trazos una nueva obra, una nueva pintura, hobby que fue su fuente de escape de lo cotidiano. Tampoco olvidaré las fiestas familiares sin más sentido que lo familiar, valga la redundancia, donde podíamos disfrutar de lo que cada quien quisiera decir, cantar, declamar, reír, llorar, gritar, quemar (fuegos pirotécnicos), o simplemente plati-

car. Y cómo no recordar tantos sábados por la noche en los que tuvimos la suerte, mi primo Marcelo y yo, de convivir con él para conversar largas horas sobre diversos temas, mientras él escuchaba con gran atención los juegos del Unión Laguna o las aburridas narraciones del box.

Las visitas de los lunes al medio día con mi Abuelo Ernesto eran obligatorias. Cuando regresábamos de Criaderos Hamburgo, íbamos a saludar, José Francisco, Neo, Marcelo y yo, al Bisabuelo (Abuelo Ane-Ane, como coloquialmente le llamábamos). Eran visitas cortas, lo que duraba un *shot* de tequila blanco. El Abuelo Ane-Ane disfrutaba con gran paciencia y orgullo desde el momento de vernos llegar.

Es indescriptible tener la oportunidad de dejar escrito lo que tal vez nuestros nietos puedan llegar a conocer sobre quien para nosotros fue una persona que desbordaba alegría, cariño, amor por la familia, amor por los amigos, y sobre todo, un gran amor por la vida.

Roberto J. García Bredée

PRÓLOGO

Desde muy temprana edad o desde que tengo uso de razón, me llamaba la atención el respeto, el cariño y la admiración por el Ingeniero Ortiz, así como la unión familiar que siempre provocaba y procuraba.

Mi primo Roberto García Bredée y yo nos lo preguntábamos y lo comentábamos constantemente entre nosotros.

Tuve el privilegio de conocer y convivir con mi bisabuelo, desde pasar a saludarlo cuando regresábamos del Rancho Hamburgo, a donde nos llevaba mi abuelo Ernesto Bredée, hasta cuando en Semana Santa o vacaciones nos acompañaba al Rancho Santa Teresa, donde pasábamos varios días jugueteando de niños mientras el pintaba. En mi temprana adolescencia, compartí con él mi pasión por el béisbol que escuchaba por la radio o el fútbol que veía en su envidiable televisión a color, al igual que alguna pelea de box.

Solíamos ir Roberto y yo a pedirle prestadas las armas para ir de cacería. Accedía “con tres condiciones: las regresan perfectamente limpias, las vuelven a poner en su armario [aquel que mi bisabuela María guardaba celosamente con llave en el clóset de la biblioteca] y me traen alguna presa”. Cuando cazábamos palomas o codornices, las recibía mi bisabuela con gran gusto —eso sí, bien limpias—, pero cuando eran gansos o patos, tan pronto y nos retirábamos, iban directo a la basura.

¡Ah! Pero como disfrutaba las lobinas que le traíamos de la presa del Palmito o algún queso Menonita de La Honda, Zacatecas.

Debo reconocer, la paciencia que nos tenía cuando le platicábamos todas nuestras interminables aventuras; siempre nos dedicaba el tiempo necesario y le agradaba mucho escucharnos.

Cómo me hubiera gustado alguna charla con él en mi edad

adulta, una sobre esa Laguna que le tocó vivir. Cuántas preguntas me brincan ahora, que no tienen respuesta.

Dice el refrán que “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”, y qué mujer tenía, mi bisabuela María, quien merece un reconocimiento quizá mayor al del propio Ingeniero, por el solo hecho de acceder a acompañarlo a aquella región inhóspita de la Hacienda San Carlos, en el norte de Coahuila, donde tuvo a su primera hija, mi abuela María Rosa. Además, dejó familia y amigos en Monterrey para iniciar una aventura en la muy polvorienta y primitiva Comarca Lagunera, y recibió en su casa a huéspedes desconocidos, como artistas y pintores, organizó eventos para recaudar fondos para todo tipo de patronatos que encabezó el Ingeniero, lo apoyó para sacar adelante esos proyectos y fue siempre la anfitriona de una gran familia para poder seguirle los pasos al patriarca. No creo que todo esto haya sido tarea fácil.

Doña María, por su cuenta, también fue muy participativa en las causas nobles de la comunidad: apoyó algunos patronatos como la Casa del Niño, la construcción de Casa Iñigo, las obras sociales que los jesuitas impulsaban en los ejidos y los comedores populares del Padre Rodríguez Tenorio. ¡Honor a quien honor merece!

Mi bisabuelo obtuvo el título de Ingeniero para ganarse la vida, pero el “DON” se lo ganó a pulso con trabajo y rectitud.

Cuando falleció, encontramos algunas respuestas que, a pesar de todo, no fueron suficientes.

He aquí la recopilación de datos y eventos relevantes de su vida como humilde homenaje al hombre que forjó e impulsó desde su trinchera a la Comarca Lagunera, ésta que a base de tesón y esfuerzo de sus habitantes sigue saliendo adelante a pesar de la adversidad del entorno y de sus gobernantes.

Marcelo I. Bremer Bredée

AGRADECIMIENTOS



A quienes hicieron posible la realización de esta biografía aportando documentos, datos, fotos, anécdotas, etc.

Sra. María Rosa Bredée Ortiz de Bremer
Ing. Roberto J. García Bredée
Lic. Gustavo Bredée Ortiz
Arq. María Isabel Sirgo Ortiz de Morales
Ing. Alejandro Ahumada

BIOGRAFÍA



Origen

El Ing. José Federico Ortiz Escamilla nació en Monterrey, Nuevo León, el 15 de marzo de 1886. Sus padres fueron Don Manuel Ortiz Abascal, originario de Lanestosa, provincia de Vizcaya, España, de oficio comerciante, y su esposa, la Sra. Damiana Escamilla Flores, originaria de Monterrey. Sus abuelos paternos, Don José Ortiz y Doña María Abascal, y maternos, Don Santiago Escamilla y Doña Martina Flores. Realizó sus estudios primarios en el Colegio Bolívar y los secundarios en el Colegio Civil de su ciudad natal. En la Ciudad de México, en aquel tiempo Distrito Federal, llevó a cabo sus estudios profesionales en la Escuela de Agricultura Capitalina, donde se tituló como Perito Agrícola. Después se mudó a la ciudad de San Antonio y posteriormente a Waco, Texas, para un curso de especialización; terminado éste, regresó a Monterrey y comenzó a trabajar en la Compañía de Aguas y Drenaje en el año 1906. En esa época, y como miembro del Club Rotario de Monterrey, participó como voluntario en el trazo y construcción de la carretera Monterrey-Saltillo. Dos años más tarde, en 1908, se trasladó a la ciudad de Torreón para realizar trabajos encomendados por Don Lorenzo González Treviño, terrateniente en la Comarca Lagunera. Su labor profesional estuvo centrada en los sistemas de irrigación, dentro de lo cual logró la construcción del Tajo del Sacramento, otros canales y presas. A finales de 1913, el Sr. González Treviño le solicitó que se encargara de las obras en una de sus más importantes propiedades, la Hacienda de San Carlos, ubicada al norte de Coahuila, cerca de Piedras Negras. El Ing. Ortiz regresó a su lugar de

origen para contraer matrimonio con la Srta. María del Refugio Sada Paz el día 14 de febrero de 1914, originaria también de Monterrey y cuyo nacimiento data del 16 de diciembre de 1891. Ella fue hija de Don Ricardo Sada Muguerza y de Doña Rosa Paz Gutiérrez, miembros distinguidos de la sociedad regiomontana. Una vez casados, el Ing. Ortiz y su esposa decidieron radicar en la frontera para que él pudiera atender La Hacienda de San Carlos, pero debido a los problemas que ocasionó la Revolución Mexicana, regresaron a Monterrey y es en ese momento cuando comienza su carrera bancaria e ingresa a trabajar con sus cuñados, los señores Sada Paz. A la par, se dedica a negocios en el ramo de la minería. En 1927, un grupo de accionistas del Banco de La Laguna resolvió incrementar las actividades de la institución, que por entonces languidecía por bajos depósitos y por mantener invertida la mayor parte de su capital en muy pocas y cuantiosas cuentas, algunas de ellas sin movimiento de recuperación. Los directivos de ese grupo radicaban en Monterrey y es en la búsqueda de la persona adecuada para impulsar el banco de Torreón que conocen al Ing. Ortiz, quien en ese momento trabajaba en el Banco Mercantil de Monterrey. Es por iniciativa de Don Rodolfo J. García que los directivos le ofrecen el puesto de gerente en el Banco de La Laguna y él acepta y se traslada a la Comarca Lagunera.

Al poco tiempo de su llegada a Torreón, el Ing. Ortiz, ya como gerente del Banco de La Laguna, presencia la reestructuración bancaria local, ya que la Comarca Lagunera venía arrastrando múltiples problemas como consecuencia de la revolución sufrida años atrás y de los movimientos Escobaristas. Bancos como el de Londres y México, el Banco Nacional de México, el Banco de Celso Garza y el Banco de La Laguna sufrieron muchos saqueos y préstamos forzosos durante los años de revueltas. A esto se sumó la escasa validez que se daba a la moneda en curso.

La reestructuración bancaria y una nueva política de relaciones entre bancos tomaron forma en los días de la llegada del Ing. Ortiz a la comarca. El 16 de julio de 1927 quedó constituido el Centro Bancario de Torreón, órgano rector entre los bancos de la región. En este centro bancario los principales directores acordaron nuevas reglas financieras con el fin de facilitar depósitos, préstamos y cobro de cheques entre instituciones.

El 5 de marzo de 1926 fue un día memorable para Torreón: se realizó la Convención Rotaria en la ciudad y el Ing. José F. Ortiz participó como parte de la delegación regiomontana. El Ing. Ortiz compuso una pieza para entonarla en la Convención, como detalle a los anfitriones. Este es el origen de La Filomena. Al poco tiempo, el ingeniero modificó su letra y nació la versión que conocemos en la actualidad. Para los festejos de los 25 años de la ciudad de Torreón, aumentó la popularidad de La Filomena y se afianzó como un himno al ser cantada en todos los eventos y bailes para la elección de la reina. El 1 de enero de 1929, en toda una plana de *El Siglo de Torreón*, se anunciaba la construcción del Teatro Isauro Martínez en el lugar donde había estado el Cine Imperio, propiedad de la Cía. Cinematográfica de Torreón S.A., de la que era gerente el señor don Isauro Martínez. El 22 de febrero de 1927 se incendió dicho cine debido a un accidente ocurrido en la caseta de proyección. El fuego alcanzó los rollos de películas y causó enormes pérdidas. Dicho suceso dio origen a la construcción del nuevo teatro, cuyo nombre aún no se había pensado. Por tanto, se convocó a una votación pública el día de su terminación para bautizarlo. La decoración interior del teatro se encomendó al artista valenciano Salvador Tarazona, que en esos momentos se encontraba decorando el Palacio de Gobierno de la Ciudad de Saltillo. En un principio se le contrató para los espacios de los palcos de primera y del foro. La llegada de este afamado pintor provocaría y marcaría una de

las amistades más entrañables que el Ing. Ortiz tuvo en su vida.

El mismo año en que arriba Tarazona, 1929, se tuvo un festejo muy significativo para la Comarca Lagunera: el Casino de La Laguna por fin cubre una hipoteca que arrastró por un largo tiempo; lo hace 72 horas antes de que venza el plazo de pago. El Ing. Ortiz encabezó un movimiento con amigos y ciudadanos de Torreón para reunir la cantidad adeudada y logró recaudar el total. Este crucial momento en la historia del edificio provocó una gran celebración. El Casino de La Laguna fue construido en 1910. Al poco tiempo comenzaron las revueltas revolucionarias. El 4 de mayo de 1911, el edificio sufrió un gran saqueo y un incendio; hechos que casi terminan con el inmueble debido al ataque de las fuerzas maderistas. Muchos recuerdan este episodio como una de las fechas más trágicas y sangrientas en la historia de la ciudad debido a la muerte de un gran número de ciudadanos chinos durante ese ataque. La reconstrucción y la remodelación de este espacio fueron largas y penosas durante los años de la revolución. Es el 3 de septiembre de 1929 que inicia la etapa de resurgimiento del Casino al finiquitar la deuda de la hipoteca.

La sociedad lagunera organizó los festejos con un enorme entusiasmo. El Ing. Ortiz, entonces gerente del Banco de La Laguna, fue invitado a participar junto con otras personalidades que conoció a lo largo de su vida y a las que apoyó en cuestiones comerciales —como gerente de la institución financiera— y también en lo particular. Es así que entabla una gran amistad con personalidades como Pedro Franco Ugarte, Jesús Pámanes, el Ing. Carlos González, Heliodoro Dueñas, Domingo Valdés Llano, Isauro Martínez, Julio Castrillón, el Dr. Jesús López Velarde, Salvador Valencia, Antonio de Juambelz, José Garza González, el Ing. Eduardo González Fariño, Luis Reyes Spíndola, Alberto F. Larriva, Francisco Dingler y Jacobo Lebrija.

BANCO DE LA LAGUNA



Nacimiento del Banco de La Laguna

Con la idea de que en la región era necesario un banco refaccionario que impulsara a la agricultura, los señores Juan F. Brittingham, Praxedis de la Peña y Luis Gurza obtuvieron de la Secretaría de Hacienda una concesión para establecer el Banco de La Laguna el 16 de octubre de 1907. La sociedad se constituyó en el escaso tiempo de dos meses, el 14 de diciembre del mismo año, ante el Lic. Don Félix M. Rodríguez en la ciudad de Torreón. La sociedad mercantil logró conjuntar el esfuerzo de un gran número de empresarios e instituciones prominentes de nuestra región y del norte del país, como lo fueron Ernesto Madero (segundo accionista mayoritario), Marcelino Garza, Luis Gurza, Juan F. Brittingham, Santiago A. Suárez, José Sariñana, Francisco I. Madero, Carlos Martínez, Sigfrido Buchenau, Miguel Cárdenas, Santiago Prince, Alberto Gurza, Eduardo Meade, Ricardo Hernández, Andrés Eppen, los hermanos Hernández, Juan Santa María, el Banco de Aguascalientes, el Banco de San Luis, Julio Müller, los hermanos Martín, Mauro de la Peña, Genoveva Sánchez Viuda de Ancira, Pomposa Machado Viuda de la Rosa, Miguel Torres, Rafael Aldape Quirós, Carlos F. Ayala y un gran número de empresarios con menores acciones. Todos dieron soporte a este banco.

Primeros Gerentes

Al iniciar sus operaciones, el Banco de La Laguna tuvo como primer gerente a Don Francisco Larriva, quién permaneció en el cargo quince años. Es relevado en el puesto debido a su muer-

te, acaecida el 31 de julio de 1923, por el señor Juan Faudoa B., quien estuvo al frente de la institución por cuatro años. El Sr. Faudoa renuncia y el 11 de julio de 1927 lo sustituye el Ing. José F. Ortiz e inicia su exitosa y larga carrera bancaria en la Comarca Lagunera.

El banco inició sus operaciones en la ciudad de Torreón en el año de 1908. Su primera oficina se ubicó en la entonces calle del Ferrocarril o Iturbide, actualmente Presidente Carranza, esquina con Múzquiz. Arrancó con un capital social de cinco millones de pesos en una época de gran prosperidad donde se vislumbraba el futuro prominente que le esperaba a la región. La Revolución y sus primeras revueltas trajeron los primeros problemas al banco. Después de los primeros años de trabajo, surgió la necesidad de buscar un local más amplio y apropiado para su adecuado funcionamiento. Es por ello que sus instalaciones se mudan al edificio del Hotel Barcelona —al que llamaron Banco Chino— localizado en la esquina de la avenida Juárez y la calle Valdés Carrillo. En ciertos momentos ya se planeaba la construcción de un edificio propio. Debido a la entrada de las fuerzas maderistas en el año de 1911, fueron saqueados y destruidos gran parte del mobiliario y de los archivos existentes, lo cual sucedió porque no pudieron abrir la bóveda del banco. A partir de esos acontecimientos se decidió comprar un terreno y construir un edificio propio para la institución. Transcurría una época de turbulencias en la ciudad de Torreón. Cuenta la anécdota que durante la construcción del inmueble definitivo se sufrió una huelga, por parte de los albañiles y canteros, que tuvo una resonancia a nivel nacional. El edificio, tanto recién terminado como ya en operación, fue testigo de muchos hechos importantes en las diferentes tomas de la ciudad que se dieron por parte de Francisco Villa. El sótano del banco dio cobijo a un grupo importante de españoles que sufrió una persecución por parte de los revolucionarios.

En la toma de 1913, el banco recibió este escrito por parte de los villistas:

Con el objeto de adquirir fondos indispensables para el sostenimiento de las fuerzas de esta división, sin acudir al recurso del préstamo forzoso que me da la ley, he de merecer a usted atentamente se sirva a ocurrir el día de mañana a las nueve am al hotel San Carlos llevando al efecto el libro de arqueos correspondiente a esa institución para que se vea la cantidad que existe disponible, en la inteligencia de que si estos datos no satisfacen los buenos deseos del cuartel general, me verá precisado a nombrar el interventor o interventores que estime convenientes para que revisen la contabilidad correspondiente a la de usted y fijen la cantidad con que se debe ayudar al fisco para subsanar las necesidades arriba indicadas mientras quedan restablecidas las vías de comunicación con la capital de la república. Protesto a usted mi atenta consideración. Libertad y Constitución. Torreón, Coahuila; septiembre 13 de 1913. El General en Jefe de la División, Eustaquio Munguía. Rúbrica. Al C. Gerente del Banco de La Laguna. Presente.

Ese mismo año, el General Francisco Villa impuso a la banca, al comercio, a la industria y a la agricultura de la Comarca un préstamo forzoso de tres millones de pesos. Al Banco de La Laguna le tocó aportar la cantidad de 80,000 pesos. En una sesión realizada el 15 de octubre de 1913, y presidida por Rafael Arocena, se informó a la gerencia que en virtud de la toma de la ciudad por el ejército constitucionalista, el General en jefe, Francisco Villa, decretaba ese préstamo mencionado. Y que exigía su entrega inmediata. De no hacerlo se tendrían severas penas. El banco procedió a entregar el dinero solicitado. Habiendo sucedido esto, los gerentes de diversos bancos acordaron abrir créditos hasta por cien mil pesos para poder facilitar el pago de depósitos y demás atenciones a la población.

La Comarca Lagunera siguió experimentando revueltas y saqueos en cada toma realizada por Francisco Villa entre los años de 1914 y 1916. La ciudadanía en general, incluidos tanto empresarios como habitantes de los diferentes estratos sociales, fue presa de abusos, extorsiones y préstamos forzosos. A partir de la última toma de 1916, la comarca recuperó una relativa calma. Poco a poco los sectores agrícola, minero, industrial y comercial fueron mejorando. Lentamente, pero mejorando.

Pero en 1929, el país vuelve a sufrir otra sacudida y la Comarca Lagunera no fue la excepción: el General Gonzalo Escobar se levanta en armas el 3 de marzo de ese año.

El día dos de marzo, justo un día antes del levantamiento, el Banco de La Laguna había celebrado una asamblea general de accionistas en la que se decretó un dividendo que debería ser pagado inmediatamente. Una anécdota: el futuro gerente del Banco de La Laguna, el Ing. Ortiz, se encontraba en el Teatro Princesa disfrutando de *El precio de la gloria*, película en la que actuó Dolores del Río. El Ing. Ortiz fue llamado para que acudiera a la entrada del teatro, en donde se llevó una sorpresa: el propio General Escobar era quien lo buscaba. El militar pidió al Ing. Ortiz que lo acompañara. Fueron por el Sr. Javier Covarrubias, gerente de la sucursal del Banco Nacional de México, pero no lo encontraron. Continuaron su camino rumbo a las oficinas del Banco de México. Allí informaron que en Torreón y en otras ciudades se habían sublevado en contra del gobierno del centro y pidieron la entrega del dinero que tuvieran. El Banco de La Laguna resguardaba todo su efectivo en la bóveda principal y ésta no se podía abrir. Contaba con un mecanismo de reloj, el cual sólo abriría hasta el día siguiente a las 9:30 de la mañana. Se pospuso así la entrega.

A diferencia de anteriores intervenciones revolucionarias o tomas de la ciudad, la Comarca Lagunera presentó una relativa calma en esta ocasión durante la invasión del llamado Ejército renovador. Al

día siguiente de la entrevista con el Ing. Ortiz, el General Escobar dejó al mando al General Antonio Villarreal y se dirigió a la ciudad de Monterrey. Pasaron varios días sin que el General Escobar dispusiera de dinero del Banco de La Laguna. Fue hasta el día 7 de marzo cuando el General Antonio Villarreal ordenó que se hiciera la entrega de 30,000 pesos al Coronel Castellanos. El General Escobar regresó el día 11 a la ciudad de Torreón para ponerse al tanto de lo sucedido en su ausencia y del avance en el reclutamiento de campesinos que se estaba haciendo en la zona agrícola de Lerdo, Durango, para incorporarlos a su movimiento. El mismo 11 de marzo el Banco de La Laguna recibió la orden, tanto del General Escobar como del General Villarreal, de entregar los fondos de las cajas de la institución. En presencia del Ing. Ortiz y el Sr. Larriva se entregaron 272,301 pesos en oro nacional, 33,629 en plata mexicana, 6,750 en billetes del Banco de México y 4,169 en dólares, desapareciendo así los dividendos aprobados por el consejo del Banco de la Laguna para repartir entre sus accionistas.

El día 14 de marzo llegaron tropas Escobaristas procedentes de Chihuahua y se instalaron en las afueras de la ciudad. A diferencia de las tomas de Torreón perpetradas años atrás por parte de Francisco Villa, en esta ocasión no hubo un ataque con saqueos a la población. Solamente hubo dos hechos aislados de relativa importancia: dos bombardeos por parte de aviones de la federación que hicieron blanco en el centro de la ciudad afectando la Plaza de Armas y el Mercado Juárez. Éste último sufrió el mayor daño: fue consumido totalmente por el fuego. El día 18 se dio la evacuación del Ejército Escobarista con mucha discreción y mucho sigilo, terminando así la racha de ataques e invasiones que sufrió la Comarca Lagunera desde los inicios de la revolución. En la época del reparto agrario, la economía de La Laguna recibió un duro golpe debido a que una de las áreas productivas en la región era la agricultura. La súbita y repentina repartición de tierras tomó por sorpresa a mu-

chos agricultores que tenían créditos vigentes. Ante este hecho, se les hizo muy difícil cumplir con ellos. Esto los dejó en una situación muy complicada ante los bancos.

El Banco de La Laguna tuvo una relación estrecha con los productores y es digna de comentar la actitud que tomó la gerencia y el consejo ante la situación. El banco buscó la mejor forma de ayudar a sus clientes ante esta gran disyuntiva. Les brindó la oportunidad en lo moral y lo económico para que trabajaran la superficie que les quedó con el fin de que pudieran ir pagando dentro de sus posibilidades y sin el cobro de intereses hasta llegar a la liquidación. La institución no exigió una liquidación al momento y total. Durante 1939, en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, el Banco de La Laguna resurgió con gran fuerza debido a que se trajeron a México grandes capitales que estaban depositados en los Estados Unidos. Esta migración de dinero provocó abundancia de efectivo en La Laguna y se reflejó en el aumento de tierras sembradas con trigo y algodón que, aunado al buen precio de los productos, dio oportunidad de crecimiento a la mayoría de los clientes del Banco de La Laguna que tenían crédito en esta misma institución financiera. Dichos créditos fueron pagados en su totalidad. En toda la región la economía en general creció en el período de tiempo que comprende de 1939 a 1941 debido a la gran inversión económica que tuvo La Laguna. El fenómeno económico aumentó la construcción de casas comerciales y habitacionales. La industria jabonera y aceitera encontró un mejor mercado en el que obtuvo mejor precio gracias al inicio del conflicto internacional. Esta breve etapa de mejora en la economía se detuvo en el momento de la declaración de guerra de Estados Unidos contra Japón, misma que se extendería posteriormente contra Alemania e Italia.

El Gobierno Federal decretó una congelación de fondos, principalmente de origen alemán y de origen japonés, sin importar si

pertenecían a extranjeros nacionalizados. Una gran inquietud no se hizo esperar en la Comarca Lagunera. Negocios como La Suiza y Casa Buchenau fueron requisados y sujetos a investigación. Las colonias francesa y española, preocupadas por los hechos, retiraron su dinero de los bancos a nivel nacional. En cuanto al Banco de La Laguna, lo regional no fue tan alarmante. En los siguientes años de la guerra, la agricultura tuvo un relativo buen desempeño; sólo sufrió en el abasto de herramienta, maquinaria y refacciones procedentes del extranjero. Era casi imposible conseguir las.

Dentro de todas las crisis vividas en la Comarca Lagunera, hubo una en especial que afectó al sector de aceites y jabones en la ciudad de Gómez Palacio, Durango: la Jabonera La Esperanza, una de las grandes empresas de la región, estuvo muy cerca de desaparecer. El Ing. Ortiz participó en la reestructuración de esta empresa, le inyectó nuevos bríos y logró en ella una nueva etapa de prosperidad. En el poblado de Francisco I. Madero, el Ing. Ortiz intervino en el nacimiento de un molino de aceite y una fábrica de jabón que fue llamada Industrias Modernas.

En esta época la Comarca Lagunera demandaba créditos especiales que facilitaran la construcción de viviendas y edificios. La región demandaba créditos hipotecarios a largo plazo. El Ing. Ortiz planteó la idea de esa necesidad y consiguió que se fundara el Banco Hipotecario del Norte. Gracias al impulso que obtuvo el sector inmobiliario con estos nuevos créditos, la Comarca Lagunera, en especial en Torreón, empezó a cambiar su aspecto con nuevas colonias y sectores residenciales. El Ing. Ortiz participó en el desarrollo de las colonias Los Ángeles, Nueva Los Ángeles y Ampliación Los Ángeles en la ciudad de Torreón, y Las Rosas, en la ciudad de Gómez Palacio. Destacó como director y guía en la construcción de estas zonas.

ACTIVISMO Y PARTICIPACIÓN



Béisbol

El béisbol de la Comarca fue un deporte muy cercano para el Ing. Ortiz. Su afición hizo que se preocupara porque La Laguna destacara a nivel nacional. El béisbol, desde sus inicios en la comarca, tuvo un gran arraigo. Con el paso del tiempo fue evolucionando: dejó de ser un juego de práctica amateur y se convirtió en un deporte profesional. Tal era el gusto y la rivalidad entre los equipos de las tres ciudades —Torreón, Gómez Palacio y Lerdo—, que se propició la llegada de jugadores extranjeros a la región. Domingo a domingo se celebraban los juegos de los equipos Unión, Torreón y Gómez Palacio. Tiempo después, por iniciativa de La Laguna, se organizó un torneo con equipos de ciudades norteñas, siendo el equipo de La Laguna uno de los más fuertes e importantes, mismo que con el paso de los años se transformaría en el Unión Laguna. Para el año de 1938, el equipo Laguna fue campeón del Circuito Norte de la Liga Mexicana de Béisbol, donde participaban Zacatecas, Aguascalientes, Fresnillo y La Laguna. El equipo Laguna contaba con el Comité pro deporte, el cual sostenía económicamente al equipo. En 1939 se fusionó con la recién formada Asociación Deportiva Lagunera, que tenía la función de impulsar todas las ramas del deporte. Por entonces, el Dr. Carlos Finck ostentaba el cargo de presidente; el Señor Blas M. Garza, el de vicepresidente; el Sr. José Q. de Miranda, el de tesorero; y el Ing. José F. Ortiz, el de subtesorero. Debido al buen desempeño del equipo, la asociación se enfocó en el planteamiento de nuevas exigencias y decidió llevar al equipo de La Laguna a participar en la Liga Nacional. Se

giraron circulares donde invitaban a la gente a unirse a esta asociación para así poder financiar los nuevos gastos surgidos por la integración de La Laguna al Circuito de la Zona Centro de la Liga Mexicana de Béisbol. Fue tal la efervescencia por la entrada al circuito nacional, que los aficionados de La Laguna se organizaron de gran forma para entrar a esta asociación. Se constituyeron comisiones de apoyo en San Pedro de Las Colonias, y en la Comarca Lagunera en general, que abarcaron la publicidad y el manejo del equipo. Así fue que todos los asociados decidieron qué integrantes del equipo representarían a la comarca a nivel nacional. Es en este momento cuando nace el equipo Unión Laguna a nivel profesional. Inician las primeras contrataciones de jugadores con el objetivo de formar un equipo competitivo. En 1932 se inauguró el estadio Revolución por parte de Nazario Ortiz Garza, entonces Gobernador del Estado. En 1940 se firma un convenio con el municipio para que la sede principal de los juegos sea el Estadio Revolución. El convenio fue firmado por el Ing. Ortiz, quien se preocupó por dejar asentado en una cláusula que las entradas de algunos partidos de la temporada serían donadas al Hospital Civil. La familiaridad con el deporte y los conocimientos financieros permitieron al Ing. José F. Ortiz llevar un buen control de la asociación y ser parte clave en las reuniones nacionales, donde fue reconocido por los demás equipos. Es así que lo invitan a participar como director de todos los asuntos financieros de la Liga Mexicana de Béisbol. El Unión Laguna tuvo una breve pausa en su participación dentro de la Liga Mexicana de Béisbol. En 1945, el Ing. Ortiz se reunió con directivos de la liga para acordar el reingreso del equipo. Para 1946, el Unión Laguna ya estaba de nueva cuenta en la Liga Mexicana de Béisbol. El equipo adquirió nuevos bríos con el anuncio, hecho por el Ing. Ortiz, de la contratación de beisbolistas que jugaban en la Unión Americana, entre ellos el pítcher

Salvatore Maglie, el segunda base George Hausmann y el cácher Mikey Owens. El ingeniero José F. Ortiz se ausentó en 1947 con motivo de un largo viaje y esto repercutió en el equipo, que quedó fuera de la Liga Mexicana a pesar de los múltiples esfuerzos desarrollados por el Lic. Ángel G. Saravia, entonces Presidente del Club Algodonero, para lograr la financiación del mismo.

Agricultura

Para el año de 1931, el Ing. Ortiz, a través del Banco de La Laguna, dio impulso a la perforación de norias con el objetivo de irrigar el campo lagunero. Este apoyo ayudó a ampliar las tierras de cultivo que por lo regular eran regadas por el río Nazas y que dependían de la cantidad de lluvia que caía por temporada. En esta misma época se revisó el aprovechamiento del caudal del río Nazas; surgió un gran debate para determinar si era factible la construcción de una presa. El Ing. Ortiz fue un factor importante para conseguir la resolución oficial a favor de la construcción de la Presa del Palmito.

En los años de la expropiación de las tierras y la formación del ejido mediante el reparto agrario, nació la necesidad de crear un banco regional para dar crédito a la agricultura. Fue así como nació el Banco Algodonero por iniciativa del Gobierno Federal; el Ing. Ortiz tuvo una gran participación en ello.

Soya

En 1942, la inquietud del Ing. Ortiz en el área agrícola se hizo presente: realizó varios intentos de introducción de la siembra de la soya en la Comarca Lagunera. El Ing. Ortiz encargó a la empresa local Fertilizantes y Empaques de Algodón, S.A. la importación de semilla de soya. Durante una reunión con agricultores y ejidatarios se acordó importar la semilla para llevar a cabo pruebas. La buena relación

del ingeniero con particulares y con el Banco Ejidatario logró que se consiguiera realizar esta importante prueba experimental para poder ampliar la siembra de la Comarca. La siembra de la soya vendría después de la cosecha de trigo, pero desgraciadamente las variedades usadas no prosperaron.

El insecticida escaseó por causa de la Guerra Mundial que se padecía en esos años. Entonces, un grupo importante de empresarios, encabezado por el mismo Ing. Ortiz, y al que se unieron el Lic. Enrique de Zunzunegui y Ángel Tavera, desarrolló proyectos para una planta productora de insecticida de arseniato de calcio para el combate contra las plagas del algodón. La planta se ubicaría en los terrenos de la compañía Jabonera La Esperanza, en Gómez Palacio.

También el Ing. Ortiz se enfocó en la organización de grupos de productores de algodón y de trigo para su comercialización.

El Ing. Ortiz fue designado consejero del Secretario de Hacienda, el Lic. Eduardo Suárez, para la organización y funcionamiento del Banco Ejidal en esta región. El ingeniero fue algunos años presidente del comité que formuló el proyecto sobre los trabajos agrícolas ejidales en la Comarca.

Reparto Agrario

En el Reparto Agrario la política llevada por parte del Ing. Ortiz, a través del Banco de La Laguna, fue de gran importancia para los agricultores que habían sufrido la pérdida de sus tierras y que gozaban de créditos por parte de la institución financiera, ya que ante este hecho se les dificultaba obtener los recursos necesarios para poder sufragar los créditos adquiridos.

Gaseoducto

Otro importante esfuerzo en el que participó el Ing. Ortiz fue el proyecto de construcción de un gaseoducto para hacer llegar a la región un combustible barato cuyo uso sería de vital importancia en los sectores industrial, agrícola y doméstico.

Carreteras

En 1930 la Comarca Lagunera experimentaba un nuevo empuje económico con el desarrollo de nuevas vías de comunicación, entre las que figura la construcción de la carretera Torreón-Monterrey con la participación del Banco de La Laguna a través del Ing. Ortiz, quien fue partícipe de este hecho como asesor y encargado del soporte financiero en esta magna obra, a la cual también aportó sus conocimientos de ingeniería y topografía. Estos conocimientos permitieron al Ing. Ortiz constatar el desarrollo de esta vía de comunicación.

Otro proyecto en el que participó el ingeniero fue el desarrollo de la construcción de la carretera a Ciudad Juárez en el tramo que conduce a Chihuahua capital. El gobernador de Chihuahua en ese momento, Ing. Foglio Miramontes, y el Señor Antonio Bermúdez, por entonces director de petróleos a nivel federal, contactaron al Ing. Ortiz para ofrecerle el liderazgo en este proyecto. Fue así que se logró gestionar y obtener la aprobación federal y estatal para la iniciación de esa obra.

En otros ámbitos, la inquietud del ingeniero lo llevó participar en las determinaciones para la construcción del puente de automóviles sobre el río Nazas.

Estación de Radio XEDN

Otra iniciativa en la que participó el Ing. Ortiz, y que también impulsó, fue la creación de la Radiodifusora XEDN a través de la concesión otorgada a la compañía Difusoras del Norte S.A. El 22 de noviembre de 1942 se otorgó dicha concesión. Esta estación de radio se estableció en el edificio Vallina, perteneciente a un banquero chihuahuense muy cercano al ingeniero dentro de los círculos bancarios y de negocios.

Colonia Los Ángeles

En el año de 1943, el Ing. José F. Ortiz tuvo el cargo de gerente en la empresa urbanizadora Fraccionamientos Torreón, S.A. que participó en la creación de la Colonia Los Ángeles, diseñada y ubicada en uno de los lugares de más perspectiva para la ciudad en esos años. Se solicitó al ayuntamiento que las calles de dicha lotificación llevaran los nombres de los primeros laguneros que iniciaron la grandeza de la región.

La colonia se ubicó cerca de lo que fue el desepite del señor Hilario Esparza. Los nombres conmemorativos elegidos para las calles fueron: Juan Ignacio Jiménez y Leonardo Zuloaga para las avenidas; para el parque se eligió el de Doña Luisa Ibarra; y para las calles Andrés Eppen, Juan E. Brittingham, Francisco A. Villanueva, Coronel Carlos González, Rafael Arocena, Santiago Lavín, Adolfo Aymes, Luis Navarro, Joaquín Serrano, Feliciano Cobián, Federico Wulff, Amador Cárdenas, Leandro Urrutia, Manuel Garza Aldape, Juan Castellón, Rafael Aldape Quiroz, entre otros. Años después, el Ing. Ortiz sería el impulsor de las colonias Ampliación Los Ángeles y Nueva Los Ángeles.

Hospital General

El 4 de junio de 1944 apareció en *El Siglo de Torreón* la noticia sobre la invitación hecha por el Dr. Gustavo Baz, director de la Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública, al Ing. José F. Ortiz y al Dr. Enrique Sada Quiroga para desempeñarse como comisionados en la organización de un patronato para la construcción del Hospital General. Al inicio del proyecto, el terreno pensado y seleccionado había sido donde hoy en día se encuentra el Bosque Venustiano Carranza con el fin de que el complejo hospitalario tuviera como mínimo el tamaño de cuatro cuadras. Y de hecho se comenzaron las gestiones para poder utilizar este predio. Con

el paso del tiempo, esta intención no fructificó y se emprendió la búsqueda de otros espacios para escoger el idóneo para asentar la majestuosa construcción. Los planes fueron cambiados y se encontró un lugar dentro de lo que fuera el terreno de la Continental Rubber (donde actualmente se encuentra construido el Hospital de Especialidades). Tiempo después, las múltiples ocupaciones del ingeniero le impidieron continuar en este ambicioso proyecto.

Campaña de Alfabetización

En febrero de 1945 se inició una gran campaña de alfabetización en la Comarca Lagunera como parte de una campaña nacional en una época donde se tenían cerca de diez millones de personas que no sabía leer ni escribir a lo largo y ancho de todo el país. Por tal motivo, se conformó un patronato y fue el Ing. José F. Ortiz quien encabezó este movimiento junto a varios personajes importantes de nuestra sociedad. También se unieron cámaras y asociaciones de negocios. Dentro de estos organismos se encontraban el Centro Bancario de Torreón, la pequeña propiedad agrícola, cámaras de comercio y de propietarios, centros patronales, barras de abogados, asociaciones médicas, el Club de Leones y Rotarios, la prensa, la radio, etcétera.

Cada organización tomó una tarea. La pequeña propiedad agrícola se encargó de las cuotas de sus socios y de realizar el censo para conocer el grado de analfabetismo en las zonas rurales para así establecer centros colectivos de enseñanza en el campo. La cámara de comercio también solicitó la cuota a sus socios y en sus instalaciones estableció las oficinas del comité ejecutivo del patronato.

Cada asociación se encargaría de recolectar las cuotas entre sus socios. Entre todas se repartirían el censo en la población urbana, el trabajo personal y el establecimiento de locales para los centros de alfabetización.

Cada miembro participante se convertiría en un supervisor de todo el proyecto. El Presidente de este patronato fue el Ing. Ortiz gracias a la gran aceptación y a la influencia que poseía. En la Comarca Lagunera, el ingeniero se dedicó a invitar a toda persona y agrupación existente. A los pocos días de la conformación del patronato, tuvo pláticas con el Club de Leones y en una de sus juntas acordaron el apoyo total de esta agrupación y su compromiso para contar con el primer centro de enseñanza colectiva en los bajos del Casino de La Laguna. En esta misma reunión, el Ing. Ortiz, como cabeza del patronato, hizo el anuncio de la campaña “Los dos mil” que consistía en conseguir dos mil personas voluntarias que aportarían una cuota de diez pesos mensuales por un año y que serían la base fundamental del desarrollo de la campaña alfabetizadora. Con su gran poder de convencimiento y de convocatoria, el Ing. Ortiz pronunció un gran discurso aludiendo a la nobleza de esta campaña, a su indispensable necesidad y a la trascendencia que lograría con ella. Después de sus palabras, el Club Rotario acordó construir el “Centro Rotario de Enseñanza Colectiva”, que tuvo como directores a los señores Isauro Martínez junior y Federico Dingler. Los socios se comprometieron a llevar un alumno analfabeto. En la misma reunión, el notario Alfonso Franco se comprometió a instalar un centro de enseñanza colectiva en su propiedad llamada Hormiguero. Los médicos rotarios ofrecieron impartir conferencias de higiene en los centros de alfabetización. Los abogados voluntarios se comprometieron a dar conferencias sobre principios de civismo. El Dr. Finck y el Dr. Alberto Madrid ofrecieron la sala de conferencias de la Clínica Torreón. Los rotarios Celso Reyes y Juan Livas ofrecieron papel y lápices.

Una parte de la familia del Ing. Ortiz se integró a esta noble labor. Las señoritas Leonor y Laura Ortiz Sada participaron en el centro de enseñanza colectiva que se instaló en el garaje del Banco de La Laguna, donde atendieron a quince alumnos menores de doce

años, quienes tenían la actividad llamada “liebreros”, es decir, hacían mandados en los mercados. Las señoritas Ortiz se dedicaban una hora diaria, de lunes a sábados, a la enseñanza de lectura y escritura.

El sector educativo de nuestra comarca fue un espacio donde el Ing. Ortiz tuvo siempre una gran preocupación. Por ello procuró estar presente en hechos tan importantes como la campaña de alfabetización y procuró participar en los comités que podían propiciar un impulso en este sector. Paralelo a la campaña de alfabetización, a finales del año de 1944, y debido a su gran experiencia financiera, el ingeniero fue invitado a participar como representante de un comité formado para la supervisión de la contratación de personal y los gastos a realizar en la construcción de escuelas por parte de un comité federal. Él mismo recibió la cantidad de 160,000 pesos, otorgada por parte del Estado de Coahuila para la construcción de edificios escolares.

Comité Tuberculosis

La inquietud del Ing. Ortiz por ayudar y participar en problemas de cualquier índole, hizo que se integrara, en 1947, como vocal en el comité local de la lucha contra la tuberculosis, movimiento realizado en todo México debido a los altos índices de pacientes que padecían esta enfermedad, problema que reclamaba su necesidad de control. Se llevaron a cabo diversas obras para adquirir equipo médico y dispensario con el fin de atender a la población local que padeciera este mal.

Hotel Río Nazas

El martes 21 de agosto de 1945, *El Siglo de Torreón* publicó en su primera plana una nota donde el Ing. José F. Ortiz, integrante de la comisión nombrada por el consejo de administración de

Impulsora Lagunera, mencionaba el inicio de la construcción del gran hotel Río Nazas. Éste fue el comienzo de una época de transformación para la ciudad y su economía, situación que la Comarca Lagunera reflejaba en ese momento. El espacio seleccionado para su construcción fue sobre la esquina de la avenida Morelos y la calle Treviño, donde por años había estado la cárcel municipal. La gran expectativa a esta magna construcción la propiciaba el hecho de tratarse del hotel más moderno y mejor acondicionado del país, cuyo edificio tendría una altura de diez pisos. El proyecto de esta gran obra le fue encargado al arquitecto Jorge González Reyna. La empresa constructora que ganó la licitación fue Impulsora Lagunera, S.A. Concuraron cuatro importantes arquitectos: los Sres. Smith, de San Antonio, Texas; el arquitecto Carlos Gómez Palacio, de esta ciudad; el arquitecto B. Williams, también de esta ciudad; y el arquitecto Jorge González Reyna, de la Ciudad de México.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Torreón necesitaba un nuevo aeropuerto. Se buscaba atraer a la región a más visitantes dentro de un turismo llamado de post-guerra. El proyecto tuvo el apoyo y la supervisión de los principales bancos. Así se creó el primer consejo administrativo, encabezado por el Ing. Ortiz, como presidente, seguido del Sr. Roberto Riveroll, como secretario, y del Ing. Domingo Valdés, como tesorero.

La construcción del hotel se inició en enero de 1947. En marzo del mismo año se terminaron los cimientos y las columnas del sótano. El proyecto sufrió contratiempos. Aunque se sabía que el capital inicial no sería el suficiente para terminar la construcción, la obra sufrió una gran recaída por la devaluación de la moneda; el tipo de cambio llegó a 4.85 pesos por dólar. Encarecidos todos los materiales para la construcción, el Ing. Ortiz replanteó el proyecto financiero con la administración: propuso comenzar una campaña para recaudar los fondos necesarios

con el lema “Si los laguneros podemos darnos el lujo de tener béisbol, aunque nos cueste dinero, cuánto más podremos hacer por un hotel digno de Torreón”. Tiempo atrás, él mismo había encabezado varias cruzadas así: la campaña para lograr pagar la deuda del Casino de La Laguna, la campaña para mantener al equipo de béisbol en la Liga Mexicana y muchas otras exitosas campañas más gracias al poder de convocatoria que lo caracterizó siempre.

Grandes empresas laguneras, como Tubería y Lámina, vendieron a la constructora del hotel todo el material de plomería necesario, muebles sanitarios y tubería conduit con un 50% de descuento como apoyo a la construcción dentro de la gran campaña bautizada “Por un hotel digno en Torreón”. Se procuró que los contratos y compras se realizaran con proveedores laguneros.

La campaña fue todo un éxito; culminó en el mes de julio de 1954 con el inicio de los festejos por la inauguración del hotel, cuya obra se llevó a cabo en siete años, seis meses y veinticuatro días. Para su apertura se formó un nuevo centro social muy exclusivo llamado “Club del Algodón” formado por empresarios, agricultores y prominentes banqueros.

En diciembre de 1945, la inquietud del Ing. Ortiz, aunada a sus visitas constantes al Campestre Lagunero desde sus inicios en 1933, lo condujo a una empresa más cuando vislumbró el potencial del lugar y la necesidad urbana de una zona habitacional requerida por el Municipio de Gómez Palacio. Esta empresa fue la construcción de la Colonia Las Rosas, al sur de la ciudad. El día 13 de aquel mes de diciembre apareció publicado el decreto con la autorización para el inicio de la creación y fomento de este sitio, con una extensión superficial de 600,000 metros cuadrados, de los que se emplearon en calles 200,000 y quedaron libres para construcción de casas 400,000. Esta superficie se aprovechó en lo que fueron los terrenos de la Sra. María Luján Viuda de Terrazas.

Diciembre de 1945:

se anuncia la construcción de la Colonia Las Rosas en Gómez Palacio

El secretario General del Gobierno de Durango, Lic. Roberto del Río, dio aviso del inicio de los trabajos en el fraccionamiento Las Rosas, al sur de Gómez Palacio, el 13 de diciembre de 1945. Ésta fue una de las más importantes obras de ampliación de la ciudad de todas aquellas que se realizaron anteriormente y hasta esa fecha, la cual incluiría una gran zona residencial, iglesia, paseos públicos, zona comercial y escuelas.

1949-1950

En marzo de 1949, el Ing. Ortiz participó en la sociedad de “Amigos de la buena música”, también llamada “Conciertos Laguna”. En esta sociedad convivía con destacadas personalidades apasionadas, al igual que él, de este género, como lo fueron el Lic. Felipe Sánchez de la Fuente, el Ing. Domingo Valdés Villarreal, el Lic. Salvador Villarreal de la Garza, el Sr. José Garza González y el gran pianista Carlos Vázquez, quien diera el primer concierto cuando se formalizó esta sociedad. Como en todos los eventos en los que participaba el Ing. Ortiz, el altruismo estuvo presente: Se unieron esfuerzos con la Asociación Médica de La Laguna, así como con la Cruz Roja, entre otras instituciones, para apoyar esta iniciativa cultural. Conciertos Laguna, en su afán de difundir la música entre la población, logró traer a grandes representantes de diferentes especialidades, entre ellos destacan Yehudi Menuhin, un gran violinista ruso-americano de la época; y grandes pianistas, como Angélica Morales, Weissenberg y Alejandro Vilalta. Con ello, Conciertos de La Laguna logró un gran nivel musical en cada una de sus temporadas para deleite de la sociedad.

En 1950, además de la sociedad Conciertos Laguna, nuestra ciudad contaba con otra agrupación llamada Conciertos de la

Comunidad de La Laguna. Ambas se fusionaron para unir esfuerzos y se hicieron llamar “Asociación Artística Lagunera”.

Centro Campestre Lagunero

El 15 de junio de 1933, *El Siglo de Torreón* publicó una nota que hacía referencia a una suscripción de acciones para formar un club campestre, esto por iniciativa del Sr. General Eulogio Ortiz, jefe de la zona militar, y del Ing. José F. Ortiz, gerente del Banco de La Laguna. Se invirtieron cerca de cien mil pesos. El naciente club fue ubicado en la entrada del cañón que forman los cerros de Santa Rosa en lo que entonces era el frente de la carretera conocido en la época como “La Botella”. Ese mismo año se hicieron campos deportivos en las faldas de los cerros, una casa club con terrazas para baile, un restorán y una cantina, un campo de golf de nueve greens, una gran alberca y doce canchas de tenis. Para todo ello se perforó un gran pozo de agua con el fin de dar abasto a tan grandes áreas verdes.

Estos terrenos también pertenecieron a la Sra. María Luján Viuda de Terrazas. Para financiar el costo de la construcción se realizó la venta de acciones entre una gran cantidad de gente entusiasta. La comisión que se formó para la construcción de este centro estuvo integrada de la siguiente forma: General Eulogio Ortiz, Presidente; Ing. José F. Ortiz, Vicepresidente; Sr. Salvador Valencia, Tesorero; y Sr. Antonio de Juambelz, Secretario. La comisión financiera fue integrada por el General Eulogio Ortiz y el Ing. José F. Ortiz.

Uno de los juegos más importantes de aquellos que se celebraron, aun sin inaugurarse formalmente el club, fue el que se llevó a cabo con el Presidente de la República, Abelardo Rodríguez, quien en su visita a la Comarca —en marzo de 1934— hizo pareja con el Ing. Ortiz y enfrentaron a la dupla formada por los señores Francisco Elías y J. A. Halbert, éste último gerente de Me-

talúrgica Mexicana. El juego fue ganado por el Sr. Presidente y el Ing. Ortiz.

El 15 de septiembre de 1934, dentro de los festejos patrios de la Comarca Lagunera en general, se inauguraron los campos y espacios deportivos del club, que incluían un campo de golf de nueve hoyos con sus greens perfectamente arreglados y terminados con tierra traída de Durango, y ocho canchas de tenis que daban formalmente inicio al Club de Tenis de Torreón (que tomó al club como su sede). Igualmente se integró un campo de tiro para rifle y pistola. Para este grandioso día se contó con la participación de diversos personajes de Durango y de Saltillo que destacaron en las diferentes ramas deportivas que ofrecía y que ofreció posteriormente el club a través de torneos conmemorativos dedicados a este suceso. Las notas de *El Siglo de Torreón* brindaron un gran elogio al Ing. Ortiz por su labor como organizador y presidente del lugar.

El día 22 de diciembre a las 20:30 horas, se llevó acabo la inauguración del edificio del Club Centro Campestre de la Comarca Lagunera, inauguración a la que fueron invitadas las mesas directivas de los clubes existentes, como el Casino de La Laguna, el Club España, el Club de Boliche, el Club Lagunero, el Casino de Lerdo y el Casino de San Pedro. Entre los invitados destacados no podían faltar los gobernadores de Durango y Coahuila, y los presidentes municipales de las tres ciudades.

Alumbrado del Boulevard Miguel Alemán

A finales de diciembre de 1951 se instituyó el Comité Pro-Alumbrado del Boulevard Presidente Miguel Alemán de Gómez Palacio, Dgo. De nueva cuenta fue elegido como presidente el ingeniero José F. Ortiz. El proyecto principal consistía en dotar de 361 postes con sus luminarias al Boulevard Miguel Alemán, que abarcaría la extensión ubicada entre el puente del río Nazas y la entrada a Lerdo. Los postes se distribuirían sobre ambas aceras

del boulevard y contarían con cableado subterráneo. El patronato original lo presidió el señor Pedro Zertuche. Los trabajos se extendieron hasta el siguiente año. El alumbrado se inauguró en el mes de julio de 1952.

Estadio y Campo Deportivo en Gómez Palacio

La participación social del Ing. Ortiz fue muy intensa durante la década de los años cincuenta del siglo pasado. Fue invitado por el Gobernador de Durango para ser miembro de un nuevo patronato destinado a la creación de un campo deportivo; esto en el año de 1952. El objetivo primordial era conseguir un millón de pesos para la construcción de un estadio que quedaría ubicado en terrenos de la termoeléctrica, al poniente de esta planta. Junto al Ing. Ortiz participaron el Ing. Agustín Reed, como presidente; el Dr. Roberto García Sosa, como secretario; y por su enorme y conocida facilidad en el área financiera, el Ing. José F. Ortiz tuvo el cargo de tesorero. Ante las negociaciones hechas, la Compañía Federal de Electricidad fue la primera en aportar: cedió el terreno para la construcción del estadio. El proyecto sufrió varios contratiempos y en 1953 la termoeléctrica decidió expandirse. Fue entonces que quiso renegociar los terrenos cedidos para la construcción del estadio. Es hasta 1955 que se logra llegar a un acuerdo y una permuta para el terreno. El acuerdo consistió en otorgar un terreno de nueve hectáreas entre el tajo de San Antonio y la antigua vía de los trenes eléctricos con un guante de 50,000 pesos, todo esto a cambio de las primeras cuatro hectáreas cedidas años atrás. Con este nuevo terreno, a la cantidad otorgada se sumaron sesenta y cinco mil pesos más, producto de la venta de un viejo campo de béisbol a la compañía Industrias Unidas de La Laguna. El proyecto sufrió muchos altibajos. El Ing. Ortiz se retiró en una de sus primeras pausas. Al no construirse el estadio en el plazo fijado en la renegociación de ese nuevo predio, la compañía de luz pidió que se le devolvieran los terrenos para continuar con

sus planes de ampliación de la termoeléctrica. El hecho causó un gran descontento entre la población Gómez Palatina, descontento que se dirigió hacia sus autoridades con el fin de provocar presión para que se continuara con el proyecto. En 1958 por fin se inició la construcción del estadio. El gran número de pausas intermitentes continuó por falta de fondos.

*La Junta de Mejoramiento Moral, Cívico
y Material de la ciudad de Torreón*

En el año de 1953, por iniciativa del Presidente de la República, Adolfo Ruiz Cortines, se formó la Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material a nivel nacional, la cual englobaba diferentes acciones para beneficio de la población, como el mejoramiento de escuelas, la sanidad, el agua y el drenaje en zonas de escasos recursos, deficiencias en general de la ciudad y todas las necesidades que se pudieran tener creando redes a lo largo y ancho del país. En Coahuila, la idea la aterrizó el gobernador, Don Román Cepeda Flores, quien convocó a los habitantes de las principales ciudades. En Torreón, la mesa directiva la formaron el Ing. José F. Ortiz, como Presidente; el Sr. Rogelio Braña, como Secretario; y el Sr. José Valdés Gómez, como Tesorero. Esta mesa directiva convocó a su vez a la ciudadanía para integrar subcomités para así poder llevar a cabo las iniciativas que se fueran presentando. Igualmente se invitaba a la ciudadanía a trabajar en conjunto en todas las problemáticas expuestas y se invitaba a cooperar con un porcentaje del gasto requerido para aunarlo al invertido por parte del municipio, del Estado o de la Federación y así dar una pronta atención a la problemática general expuesta por la misma población.

La conformación de las mesas directivas fue realizada con personas que contaban con una gran calidad moral.

Templo de San José

En julio de 1955 se efectuó una reunión entre hombres de negocios, sacerdotes e integrantes de un recién conformado patronato, en el cual participó el Ing. Ortiz como presidente al lado de amigos y empresarios en pro de la construcción del Templo de San José. Cuando se explicó el proyecto general junto a los planos, se mostró el templo que sería el más grande y moderno del norte del país. Incluso superaría al Templo de la Purísima de Monterrey, Nuevo León; su tamaño sería cuatro veces mayor. El terreno elegido para la edificación fue el ubicado en la esquina de avenida Escobedo y calle Niños Héroe.

El arquitecto Carlos Gómez Palacio explicó que tendría una altura de 36 metros, un fondo de 70 y un ancho de 30. Las torres medirían 55 metros de alto. El recinto podría recibir hasta 4,000 personas que presenciarían las celebraciones religiosas sentadas cómodamente.

Canal 4

En julio de 1955 apareció una pequeña nota en *El Siglo de Torreón* que constaba de unos cuantos renglones. En ellos se hacía mención de la proximidad del establecimiento de un canal de televisión en la Comarca Lagunera. La publicación formaba parte de las primeras noticias que se filtraron sobre los viajes iniciales que se llevaron a cabo para comenzar las negociaciones en la Ciudad de México con el fin de establecer una televisora en La Laguna. Sin embargo, es hasta 1958 cuando el Ing. José F. Ortiz da a conocer su asociación con los pioneros de radio y televisión en México, los Sres. Emilio Azcárraga Vidaurreta y Rómulo O'Farrell. Con ellos se constituye XELN-TV Canal 4, la primera estación de televisión en la Comarca Lagunera, la cual inicia sus actividades como Televisora de La Laguna, S.A., con una política

de búsqueda hacia el progreso y el bienestar de la región. Es así que la nueva televisora proporciona un sano entretenimiento a los hogares y coloca a Torreón a la altura de las más adelantadas y progresistas ciudades del país en esos momentos. La inversión fue considerable y todo se construyó con los elementos más modernos conocidos hasta entonces. Su equipo transmisor era marca Philco de 1,000 watts de potencia. Contaba con una torre de 65 metros de alto en donde se instalaron antenas marca Andrews de gran potencia. Las líneas de transmisión y los equipos de audio y video también eran de la mejor calidad. Estas características hicieron de la televisora una de las estaciones más grandes de la época en toda la República Mexicana. Incluso superó a los equipos que fueron instalados para dar el mismo servicio en Monterrey y Chihuahua. La instalación y la puesta en función estuvieron supervisadas por el Lic. Héctor Balcázar y el Ing. Camarena, pioneros de la televisión en México. Esta primera televisora causó un gran revuelo en nuestra región desde las primeras pruebas de transmisión. El revuelo perduró aun con la llegada de una programación regular. Dos de los primeros programas de gran importancia que se transmitieron fueron la toma de posesión del Lic. Adolfo López Mateos como Presidente de la República y la ceremonia de coronación del Papa Juan XXIII. La programación se fijó según sus características. En especial se cuidaron los programas para niños en horas tempranas. Sus transmisiones regulares comenzaron con un horario de 16:00 a 23:00 horas.

Carreteras

Su carácter como gerente del Banco de La Laguna y su gran experiencia en la ingeniería y la topografía permitieron al Ing. José F. Ortiz estar presente en todos los proyectos importantes que se generaron en la región. La construcción de caminos y carreteras era un tema de gran importancia. Las vías de comunicación otorga-

ban gran fuerza a la interconexión con otras regiones y, por ende, a la agricultura. En marzo de 1930, el ingeniero fue invitado a la supervisión de La Cuchilla, lugar donde comenzaba la carretera que partía hacia Hipólito. Se trataba de un tramo de la Carretera Torreón Monterrey y de la llamada Carretera Interoceánica, la cual se construiría utilizando la parte del bordo del Ferrocarril Internacional Mexicano que había dejado de funcionar en ese tramo. A nivel regional, el Auto Club construía por entonces una carretera que se comunicaría con esta otra y que partía de Allende hasta llegar a los Llanos, después cruzaba la vía y continuaba paralela a los rieles hasta llegar a Matamoros. Dos años más tarde, debido al tráfico y a su enorme utilización, hubo la necesidad de proporcionar mayor mantenimiento a esta vía de comunicación. Por ello se reforzó con la llamada petrolización (uso de asfalto) para brindarle una mayor durabilidad.

Homenaje por los 50 años del Banco de La Laguna: 14 de diciembre de 1957

La celebración se realizó en el Salón Azul del Casino de La Laguna. El lugar resultó insuficiente ante la gran cantidad de asistentes que acudieron al festejo del banco y del Ing. Ortiz.

El Sr. Braulio Fernández Aguirre, alcalde electo de Torreón en ese momento y representante del Gobernador del Estado, General Raúl Madero, así como representantes de la milicia, un gran número de políticos, empresarios, agricultores, comerciantes, gerentes de los diversos bancos, instituciones de beneficencia, asociaciones civiles, cámaras de comercio y muchos organismos más, fueron los invitados a este gran evento. Todos ellos fueron atendidos por el Ing. José F. Ortiz y el personal del banco.

Uno de los mensajes más esperados fue el del gobernador a través de su representante. El Gral. Raúl Madero reconoció la importancia de la trayectoria del Banco de La Laguna a través de

las siguientes palabras: “Esta institución bancaria ha colaborado valiosamente en el progreso de nuestra querida Comarca Lagunera a través de sus 50 años de existencia, alcanzando su desarrollo junto con nuestra progresista ciudad de Torreón, en cuyo tiempo ha sabido sortear con éxito las situaciones que nuestra Comarca ha vivido, por lo que merece el aplauso y orgullo unánime de todos los laguneros. Me encarga también el Sr. Madero que salude afectuosamente a los funcionarios bancarios de la institución. Y en forma especial hago llegar sus parabienes y saludos a su personal amigo, el Sr. Ingeniero Don José F. Ortiz”. En representación del Centro Bancario de Torreón, el Sr. Luis Ceballos leyó el siguiente discurso:

El Centro Bancario de Torreón, que me honro en presidir con las instituciones a él afiliadas, participa de la muy justificada e intensa alegría que en este histórico momento conmueve a los directores y empleados del Banco de La Laguna S.A. con motivo de la celebración de sus bodas de oro. Cincuenta años de servir a la región lagunera, dentro de los cuales se han desgranado, como en el devenir de los hombres, días fatigosos y llenos de problemas y de pocas de satisfacciones y de triunfos. Cincuenta años de contribuir activamente al progreso de nuestra querida comarca, en la fase más importante en la vida de un pueblo, pues la estructuración y el desarrollo del crédito constituyen la espina dorsal de la actividad económica, a tal grado que sin él no puede lograrse la realización de los grandes objetivos ambicionados por los hombres de empresa. Y el Banco de La Laguna, durante todo el lapso que hoy festeja, ha luchado hombro con hombro con nuestros industriales, con nuestros agricultores, con nuestros comerciantes, en una palabra, con todos nuestros sectores activos para lograr una región lagunera en que se realicen, como en la patria chica, los ideales de México: democracia, libertad, progreso.

Sin menospreciar de ninguna manera la obra de los fundadores y de los anteriores directores del Banco de La Laguna, cabe poner de relieve la atinada y fructífera labor de Don José F. Ortiz que muy justificadamente ocupaba uno de los más destacados lugares en la banca de nuestra nación y cuya inteligencia y dinamismo han hecho posible que la institución de crédito que hoy celebra su cincuentenario, haya venido siguiendo una carrera ascendente hasta llegar a este día tan lleno de recursos, que son, indiscutiblemente, un sólido peldaño para alcanzar éxitos todavía más venturosos.

El Centro Bancario de Torreón hace votos porque en el futuro el Banco de La Laguna pueda seguir escribiendo páginas tan brillantes y tan fecundas como las que ha escrito hasta el presente.

El Sr. Benavides Pedroza, uno de los elementos más brillantes del Banco de La Laguna, tomó la palabra para improvisar un breve discurso, en el cual mencionó que era un día de fiesta para la institución, ya que sus directores, funcionarios y empleados se sentían orgullosos de celebrar el cincuentenario del banco ante un grupo tan selecto de sus favorecedores y amigos. También comentó que en esa larga jornada, el banco había escrito honrosas páginas en la banca nacional, pues había seguido una trayectoria de superación bajo las normas más severas de rectitud dentro de situaciones de banca muy pobres, logrando solidez a pesar de los trastornos políticos y económicos sorteados por el país y por la comarca, en los cuales los recursos económicos de la institución sufrieron de manera transitoria. También aseguró que se trataba de todo un banco con tradición porque encauzó su mirada a una meta esencial: el engrandecimiento de la Comarca Lagunera. Y con ello se hizo acreedor de la bella frase “Un banco con corazón”, banco que no sólo perseguía utilidades, por legítimas que éstas fueran, sino que principalmente estaba siempre dispuesto a ayudar a los hombres de acción. Un banco que felizmente había

logrado, siempre, contar con personal cumplido y con un consejo de administración eficiente, así como con celosos funcionarios y con miembros de reconocido prestigio. Pero, sobre todo, siempre había contado con la preferencia y confianza de sus amigos y clientes. Y, sin menospreciar la sana política anterior del banco, la institución contó con la certeza y valiosa dirección de un hombre lleno de bellas cualidades y que le dedicó los 30 mejores años de su vida, el Ing. José F. Ortiz, a quien mucho debía esta empresa financiera. Finalmente, el Sr. Benavides expresó a la concurrencia sus profundos y cordiales agradecimientos dirigidos a todos sus clientes y amigos, pilares que levantaron el banco hasta el lugar en que se encontraba entonces.

Posteriormente, el Sr. Benavides se refirió al Ing. Ortiz y declaró que más que una persona, un banquero, un artista y un dedicado impulsor del progreso regional en todos los órdenes, era “una verdadera institución regional”. Al terminar la presentación, el Ing. Ortiz fue recibido con enormes aplausos. Después, inició su discurso:

Perdónenme ustedes, queridos amigos, sí me atrevo a interrumpir por unos breves instantes la alegría de esta fiesta para decir unas cuantas palabras referentes al aniversario que estamos celebrando:

Vivir 50 años en tiempos normales no es una proeza para una institución de crédito fuerte y bien administrada, pero subsistir en este medio siglo a través de sangrientas luchas civiles, de múltiples reajustes para acomodarse a los cambios de la política hacendaria y soportar las agudas y desconcertantes crisis que ha resentido la adhesión lagunera, sí constituye una verdadera proeza. Y fueron los iniciadores de nuestro banco quienes en angustiosa lucha, tras de esfuerzos inauditos y constantes peregrinaciones, lograron ponerlo a salvo. Por eso son dignos de un caluroso homenaje aquéllos visio-

narios, que adivinando las riquezas que escondía el desierto, soñaron colaborar con los ejemplares hombres de estas tierras para desentrañar los tesoros ocultos en la desolada estepa hasta convertirla en productivo vergel, capaz de engendrar vida en donde sólo reina la desesperanza y la muerte. Es de justicia declarar que fue debido a la visión y singulares dotes de promotor del Señor Don Juan F. Brittingham y de sus colaboradores, a quienes se debe la formación de una empresa de grandes alcances que con fuerte capital pudiera realizar sus iniciales pensamientos de transformar la rudimentaria vida de la Comarca Lagunera en un emporio de riqueza. Merecen también un cariñoso recuerdo los miembros de los primeros consejos de administración, el gerente Don Francisco Larriva, Don Mauro de la Peña y el Sr. Licenciado José Zurita, auxiliares incansables del Sr. Brittingham, presidente del banco de 1908 a 1929; así como los posteriores presidentes: Don Jorge Muñoz, de 1928 a 1940; y Don Rodolfo J. García, de 1940 a 1942.

Fue agobiante y dura la primera etapa de la existencia del banco. Apenas fundado en 1907, tres años después inició su lucha democrática el apóstol Madero, quien, cayendo víctima de la traición, dio origen a una prolongada guerra fratricida que duró largos y penosos años, limitando, por así decirlo, nuestras actividades y propósito de trabajo por la prosperidad comarcana. Transcurrieron dos lustros más en los cuales el Banco de La Laguna se ocupó principalmente de la reconstrucción de su activo, en los cuales con prudencia y generosidad pudo ir logrando, a través de la ayuda a sus deudores que habían quedado en pésimas condiciones económicas así como la comarca entera, hacerse de elementos para invertir en auxilio de la rehabilitación de los negocios regionales. Cuántos sinsabores y cuántos esfuerzos para conseguir una situación de bienestar en las diversas actividades en medio de la intranquilidad general.

Siguieron luego estos últimos 20 años en los que en toda la República se han podido apreciar los beneficios que traen consigo la

confianza y el orden, y La Laguna, como resultado de estampas orgánicas, ha hecho grandes avances en obras de diferentes índoles con miras a fortalecer su economía.

Nuestro consejo de administración ha visto siempre con entusiasmo todas aquellas iniciativas en pro del progreso comarcano y ha intervenido a través de la dirección del banco para hacerlas tangibles, dejando muchas huellas de su colaboración, lo mismo en el campo que en la ciudades.

La historia de nuestra institución, tanto en lo económico como en lo social, está fuertemente ligada a La Laguna. Los fracasos de ésta, que han sido también los nuestros, nos han dejado la experiencia, y sus triunfos, en los años de bonanza, tranquilidad y éxito.

Permitan ustedes, queridos amigos, expresar en nombre del banco, y en el mío personal, las más sinceras gracias por habernos honrado con su presencia en esta celebración del jubileo y desearles que la Navidad que se aproxima les tenga de ventura en unión de sus seres más queridos y que con la ayuda de Dios, las duras pruebas que tal vez nos depare el próximo año puedan resolverse favorablemente para el bien común. Y ahora una súplica: levantemos nuestras copas y brindemos haciendo un recuerdo de quienes fundaron el Banco de La Laguna; de los que continuaron sus obras antecediéndonos, porque su ejemplo inspira a sus actuales directores, así como a jefes y a empleados para seguir realizando, igual que ellos, los grandes ideales de servir a nuestra querida comarca con entusiasmo y lealtad.

Ing. José F. Ortiz

Torreón, Coah., 14 de diciembre de 1957

En 1958, aun cuando quedó establecido oficialmente hasta el 2 de enero de 1959, el Banco Comercial Mexicano absorbió al Banco de La Laguna. La nueva institución ocupó su edificio en Juárez y Cepeda y se clausuró la sucursal, ya del Banco Comercial, que se encontraba en el edificio Vallina. Siguiendo sus políticas de expansión, se fusionó con el Banco de Oaxaca, S.A. y el Banco Comercial de Veracruz, S.A. Así fue que contó con sucursales en las principales plazas del Estado de Veracruz. El Banco Comercial de la República, S.A., el Banco de Tijuana y el Banco de Baja California también se fusionaron durante ese año con el Banco Comercial Mexicano, consiguiendo con ello una gran expansión en el país. Para el Banco de La Laguna, el último momento en su historia fue el que lo hizo único en la región. El Ing. Ortiz se convirtió en asesor del Banco Comercial Mexicano, institución financiera que llegó a la Comarca Lagunera en 1942 y que gracias al gran dinamismo que demostró en todos los años anteriores, logró consolidarse como uno de los principales bancos del país.

ENTREVISTA REALIZADA AL ING. ORTIZ EN EL AÑO DE 1972



El Siglo de Torreón

Mis recuerdos me llevaron al año 1927 cuando llegué a estas tierras en las que llevo vividos los últimos cuarenta y cinco años. Qué lejos están aquellos tiempos en que con tanto entusiasmo y cariño comencé a trabajar en el Banco de La Laguna y con cuánta satisfacción veo en el presente cómo ha progresado en su desarrollo nuestra ciudad como consecuencia natural del adelanto de toda una región debido al esfuerzo tenaz y constante de hombres de bien que llegaron aquí de otros lugares del país y del extranjero. Voy a dejar que mi memoria despierte en mí recuerdos de aquella época para describir en breves palabras algo que es parte de la historia de nuestra querida ciudad. Sé que nació junto a un humilde carro de caja que servía como estación del Ferrocarril Central de México que iba a Ciudad Juárez, allá por el año de 1884. Y que junto a esa modesta estación se comenzaron a establecer pequeños comercios y viviendas, siendo así como comenzó el crecimiento de lo que fue Villa hasta el año de 1907 en que fue declarada ciudad. A mi llegada, en agosto de 1927, Torreón apenas contaba con cincuenta mil habitantes, en cuyo número se encontraban unos cuantos nativos de La Laguna, siendo la mayor parte de su población gente de otras regiones del país, principalmente de los estados vecinos: españoles, árabes, chinos y otros extranjeros de diversas nacionalidades. El aspecto de la ciudad no era de lo más atractivo. Sólo unos cuantos edificios importantes, símbolo de la fe de sus propieta-

rios en el porvenir de la región, sobresalían como colosos entre las modestas construcciones de los comercios y casas de habitación, en su mayoría de adobe. Entre los de importancia estaban el edificio del Banco Chino, el Casino de La Laguna, el de los señores Arocena, el del Banco de La Laguna, el Hotel Salvador y otros cuantos más o menos suntuosos. Pero si bien es cierto que el aspecto de la ciudad no era atrayente, se sentía en cambio un algo intangible especialísimo; la ciudad atraía y sus gentes eran extremadamente hospitalarias y colmaban de atenciones a los recién llegados. Sus calles amplias y bien trazadas, seguían un plano de urbanización confeccionado desde que la ciudad empezó a crecer. No estaban pavimentadas en su mayoría: sólo una pequeña parte de la zona comercial, más densamente poblada, gozaba de esta mejora. El resto eran arroyos de tierra de los que, al ser transitados por vehículos o cabalgaduras, se levantaba una continua nube de polvo. Cuando llovía (esto sucede aquí de lejos en lejos) un mar de lodo impedía el movimiento. Los servicios públicos estaban a la altura de la población en aquella época; una planta de fuerza motriz proveía el escaso alumbrado de las calles, de las diversas negociaciones y casas de habitación. Los tranvías eléctricos eran nuestro orgullo por haber sido Torreón la primera ciudad del país que gozó de estos transportes. Era una gloria hacer el recorrido de Torreón a Lerdo. Un buen servicio de agua y drenaje atendía solamente los barrios más poblados. Las compañías telefónicas Woessner y Sepúlveda tenían instalados algo así como un centenar de aparatos y su servicio era ineficiente. El transporte de pasajeros se hacía por lo general en coches tirados por caballos y la carga en carros arrastrados por mulas. Los burros eran también un magnífico elemento para transportar materiales de construcción y cargas livianas. Había algunos automóviles y camiones, pero eran poco numerosos. Las personas viajaban entre las ciudades vecinas, Gómez Palacio y

Lerdo, de preferencia a bordo de los trenes eléctricos. Era la Plaza Principal, la de Los Constituyentes, el paseo favorito de los jóvenes de la ciudad que acudían allí a gozar de la música de la Banda Municipal y a conversar con sus amistades. Algunas cuerdas hacia el Oriente estaba la Plazuela Juárez frente al modesto Palacio Municipal y ésta funcionaba con el mismo objeto que la anterior para los vecinos de aquella barriada. La Alameda Zaragoza, con hermoso arbolado, era menos concurrida por falta de buenos pavimentos, bancas y otras comodidades. El Casino de La Laguna, un bello edificio espléndidamente amueblado, era un centro social en el cual se celebraban los acontecimientos de más relieve: banquetes, recepciones a visitantes distinguidos, matrimonios, etc., etc. Otros centros más simpáticos, acogedores y concurridos, eran el Club de Boliche y el Club España. Este último tenía una dependencia algo retirada del centro de la ciudad, el Parque España, en el cual se celebraban romerías y se jugaban deportes; frontón, tenis y fútbol. Casi no existían edificios adecuados para escuelas particulares. La enseñanza se impartía en casas habitación adaptadas para el objeto y que carecían de las más indispensables comodidades. El municipio contaba con unas cuantas escuelas oficiales en condiciones semejantes. Respecto a alojamientos, el Hotel Salvador, bonito edificio estilo francés, construido expresamente para hotel, no estaba ya a la altura de la época. Tiempo hacía que no sufría reparaciones de importancia ni renovación de mobiliario, siendo el servicio muy deficiente. Sin embargo, era el mejor de la ciudad. Había también de otra categoría: el Francia, el Iberia y algunos más pequeños o bien otros hoteles menores. Hablando de comunicaciones, sólo el ferrocarril ligaba a Torreón con otras ciudades del país. Antes no existían aún las carreteras. El Automóvil Club, de reciente formación, había construido una carretera con la cooperación de los particulares para unir a Torreón con Gómez Pa-

lacio y Lerdo. Ese era el recorrido favorito de los automovilistas. Los mercados, que eran tres, constituían un conglomerado de puestos que carecían de condiciones higiénicas, pues aunque los edificios del Juárez y del Villa fueron construidos con el propósito de dedicarlos a centros de abasto, no merecían ese nombre, ya que como digo, se amontonaba allí los puestos sin orden de ninguna especie. En La Alianza los pequeños comerciantes invadieron las calles con puestos provisionales en las mismas condiciones que los anteriores respecto a salubridad y orden. Este estado de los mercados en una ciudad donde las tolvaneras se sucedían tan frecuentemente como las lluvias en la capital de la república, agravaban el aspecto sanitario de los mismos, pues cuando soplabla el viento acarrearba verdaderas nubes de polvo que materialmente los invadía. Entre los grandes acontecimientos de la ciudad, sin duda el más importante, fuera de las Fiestas Patrias y el Fin de Año, era la avenida del río Nazas. Cuando las lluvias que caían en la cuenca del río llegaban a Torreón en grandes avenidas, la ciudad entera acudía en alegre romería a las riberas, pasando allí horas y horas celebrando la bienhechora llegada de las aguas para el riego. ¡Con cuánta razón tenían lugar estas celebraciones! Aquellas crecientes significaban la actividad del año; el trabajo y el pan para todos. Las aguas se distribuían por los canales para anegar los ranchos convirtiéndose la zona entera en una verdadera laguna, y aquellos riegos así producidos eran promesas de grandes cosechas y bienestar. En los clubes, las fiestas que motivaban las avenidas eran muy simpáticas: grupos de terratenientes y agricultores preparaban aquellas famosas “tinajas” con los más exquisitos vinos. Se llenaban grandes cantaros con champaña y vino blanco, y de esa excelente bebida disfrutaban en alegres reuniones. Se cuenta, e indudablemente puede ser cierto, que dentro de aquel regocijo general algunos agricultores vaciaban botellas de champaña al río.

Las avenidas eran una bendición y no se volverán a ver sino de pequeños volúmenes, pues la presa “Lázaro Cárdenas” controla las aguas que escurren de la mayor parte de la cuenca hidrográfica del río.

ASÍ ERA TORREÓN. Su gente alegre y bullanguera, hospitalaria sin reservas. Quienes de lejos venían, encontraban aquí, aparte de los medios indispensables para luchar por la vida, el cariño y simpatías de sus gentes en las que no se sabe albergar la envidia.

Era, sí, una tierra de aventura; el río podía o no acarrear en sus avenidas el agua bienhechora, fuente de trabajo y riqueza y la población crecía o disminuía según la importancia de éstas avenidas. Si eran de poca consideración, la gente se veía obligada a buscar trabajo en otras regiones. Si por el contrario las crecientes del río eran grandes, acudían numerosos trabajadores atraídos por la bonanza. Las crisis económicas eran frecuentes, pero los habitantes de La Laguna no perdían la fe en las posibilidades de hacer fortuna en la región y esperaban pacientemente mejores años que los compensaran de los sinsabores de los malos. Y así, entre años de abundancia o escasez, fueron creciendo las ciudades de la comarca sobresaliendo Torreón, que es hoy, como puede verlo quien lo visite, una ciudad moderna dotada de toda clase de comodidades: grandes edificios, buenos hoteles, magníficas vías de comunicación por ferrocarril, carreteras o aviones, que la ligan con líneas directas a las principales ciudades del país y al mundo. La ciudad sigue siendo cosmopolita y entre sus 150,000 habitantes hay ya buena proporción de individuos que vieron la luz primera en Torreón, y todos los que llegaron de otras partes y los aquí nacidos laboran incesantemente por el engrandecimiento de estas prósperas tierras a las que tanto quieren.

VENGA USTED A TORREON, pues estoy seguro de que le impresionará muy favorablemente. Ya no es aquella población

en embrión que encontré en 1927. Ahora puede considerarse como una ciudad moderna en plena actividad. Su gente es amable y recibe siempre a sus visitantes con los brazos abiertos.

FAMILIA



Descendencia

El matrimonio formado por el Ing. Ortiz y Doña María Sada de Ortiz, procreó seis hijas y un hijo, que fueron María Rosa Ortiz Sada, casada con Don Ernesto Bredée de la Garza; Susana Ortiz Sada, casada con Don Benjamín Díaz Flores Smith; Lucía Ortiz Sada, casada con Don Carlos H. Woodworth; Magdalena Ortiz Sada, casada con Don Víctor Sirgo Palacios; Leonor Ortiz Sada, casada con el Ing. Jorge Cravioto; Laura Ortiz Sada, casada con Don Francisco Real Encinas; y el único hombre, José Manuel Ortiz Sada, casado con Doña Juanita de Iturbide. Todos ellos han sido nuevos troncos de numerosas, distinguidas y muy conocidas familias de la Comarca Lagunera.

Bodas de Oro

El Ing. José F. Ortiz y su esposa, Doña María Sada Paz de Ortiz, celebraron el día 4 de febrero de 1964 sus Bodas de Oro matrimoniales, constituyendo una relevante nota social tanto por lo significativo del aniversario, como por la gran estimación general de que goza su matrimonio en nuestra Comarca. Las ramas de este tronco familiar, en número de 57, se reunieron aquí para ofrecer en acción de gracias por tan significativa fecha, una misa privada, y por la noche una recepción en el Casino de La Laguna a la que asistieron personas de su intimidad. Esta familia formada por el Sr. Ing. Ortiz y su esposa, está integrada por sus hijos Sr. Don Ernesto Bredée de la Garza y su esposa, Sra. María Rosa Ortiz de Bredée; sus nietos Marcelo Bremer Sada y Sra. María Rosa B. de Bremer, Yreneo García Zambrano y Sra. Beatriz B. de García, Ernesto, Gustavo, Fernando

y José Francisco Bredée Ortiz; sus bisnietos Marcelo y María Rosa Bremer Bredée y Roberto J. García Bredée, hijos el Señor Benjamín Díaz Flores (q.e.p.d.) y su esposa, Sra. Susana Ortiz de Díaz Flores; sus nietos Susana, Benjamín, Jose Luis, Alberto, Javier y Eduardo Díaz Flores Ortiz, hijos el Dr. Carlos H. Woodworth y su esposa, Sra. Lucía O. de Woodworth; sus nietos Federico Gerdes y su esposa, María Lucía, Georgina, Carlos y Norma Woodworth Ortiz; sus bisnietos Federico y Ernesto Gerdes Woodworth, hijos el Sr. Víctor Sirgo Palacios y su esposa, Sra. Magdalena O. de Sirgo; sus nietos Antonio Dueñes Zurita y Sra. Magdalena S. de Dueñes, Gabriela, Víctor, Cristina, Hernán, María Teresa y María Isabel Sirgo Ortiz; y su bisnieto Antonio Dueñes Sirgo; hijos el Ing. Jorge Cravioto y su esposa, Sra. Leonor O. de Cravioto; sus nietos Leonor, Jorge, Marcela, José Lorenzo y Eugenio Cravioto Ortiz; sus hijos el Sr. Francisco Real Encinas y su esposa, Sra. Laura Ortiz de Real, y sus nietos Francisco, Gerardo, Laura, Juana María, Ana Elisa y María Eugenia Real Ortiz; y sus hijos el Lic. José Manuel Ortiz Sada y su esposa, Juana de Iturbide de Ortiz.

Para asistir a esta ceremonia, entre otras destacadas personalidades, además de los miembros de la familia, vinieron de España el Sr. Enrique Zunzunegui y, de diversas partes de la República, los Señores Anibal de Iturbide y Señora, Ing. Guillermo Álvarez Murphy y familia, Ricardo Sada Paz y Señora, Gustavo Sada Paz y Señora, Matías Sada Paz y familia, Antero Valdés Gómez y familia, Clementina Sada Paz de Vizcaya, Consuelo Rangel de Sada Paz, Emilio Sada Paz y familia, Leonor Sada Paz, Roberto G. Sada y Señora, Salvador Sada Gómez y Señora, Sra. Bertha E. de Zambrano, Alfredo Chávez y Señora, Sra. Susana P. de Madero, Concepción de Castro, Manuel Rivas, Gustavo Sada Sosa, María Sada Díaz de León, Consuelo Sada de Canseco, Gabriela S. de Martínez, Carmen H. de Oelmeyer, Eva H. de Ruesch, Elisabeth B. de Tamm,

Gunter Scharrer y Señora, y el R.P. Salvador Álvarez Domenzain, S.J., entre otros.

La recepción en el Casino fue todo un acontecimiento por el número y calidad de las personas de su intimidad que acudieron a felicitar a la pareja y a sus familiares, ofreciéndose a los asistentes muchos atractivos, entre ellos una original y magnífica variedad que estuvo a cargo de hijos, nietos y bisnietos de los agasajados.

Con motivo de sus Bodas de Oro, los esposos Ortiz recibieron numerosos obsequios y mensajes de felicitación.

Algunas palabras

Qué más puedo decir, Pepe y María, después de una amistad de 30 años, que no se haya dicho todavía: mi sincero cariño, mi cariño de hermanos. A mi madre que está en el cielo, en este día, hoy la siento que está cerca, a mi lado. Los quiso tanto que, al conocerlos, me dijo: "Qué pareja ideal los dos, Pepe y María. Son buenos, son artistas, son, hijo, de lo que se va acabando en este mundo ruin y materialista que se ríe de Dios y que se va arrastrando por esa falta de ideal y de fe. Pero que gentes como yo, María y Pepe, gracias a Dios seguimos conservando. Cultiva su amistad y su buen trato". Confirmaba mi madre, viejecita, aquello que un gran hombre nos dijo al presentarnos: "Óigame, Enrique, usted y Ortiz son amigos y un día serán como hermanos". Era Gómez Morín; nos conocía y allá en los años treinta empezó esa amistad que ya no cuenta con años, sino que irá con nosotros para siempre, donde tu madre con la mía, por nosotros a Dios están rogando y Dios tan bondadoso habrá de perdonar nuestros pecados, pecados de hombres buenos con defectos muy humanos y que no han de defraudar a nuestras madres, que con amor nos velan y desde el cielo nos están cuidando.

Don Enrique Zunzunegui

Bodas de Oro del Ing. Ortiz y su esposa, Doña María Sada Paz

Febrero de 1964

CORRESPONDENCIA



*Carta del Ing. José F. Ortiz
a su hija María Rosa*

12 de abril de 1932

*Ing. José F. Ortiz
Miss Ma. Rosa Ortiz
Pancratia Hall Loreto, Colorado.*

Muy querida Chachita:

Quiero que esta carta te lleve mis más cariñosas felicitaciones por tus brillantes éxitos en tus estudios.

Leí, cuando estaba en Monterrey, todas las noticias del periodiquito del Colegio y te felicito de nuevo por tus brillantes calificaciones y por haber logrado figurar en primer lugar en tu año del Colegio. Que la satisfacción que sientas al verte en tan alto lugar, te sirva de estímulo para seguir trabajando mucho, para tu propio provecho y satisfacción nuestra.

Hace varios días regresamos de Monterrey y ya estamos todos en la casa, con excepción de Lucía y Magdalena que continuarán en Monterrey hasta terminar su año.

Leí tu cartita a tu mamá en lo que se refieren a que podamos ir nosotros a presenciar el acto cuando tú deberás graduarte, y es con mucha pena que te manifiesto que es muy difícil que podamos ir tu mamá o yo; no por falta de voluntad ni por falta de deseos de ir, sino porque esto implica un sacrificio en dinero que no puedo hacer por ahora. Para que comprendas la situación, te diré que el sostenimiento tuyo y de Susana en ese colegio me cuestan en los momentos actuales, en que el dólar vale tres pesos mexicanos, casi la mitad de mi sueldo. Que las otras chiquillas de Monterrey se llevan una buena parte, y que por lo tanto, estamos en tal situación, que el viaje más económico que pudiéramos hacer a esa ciudad me costaría una cantidad de dinero de la cual no puedo disponer, pues por lo menos serían 1,500 o 2,000 pesos mexicanos. Te hago estas cuentas y te doy estas explicaciones para que te des cuenta de lo difícil que es por ahora

pensar en esos gastos en dólares. Piensa nomás en que algunos de los papás de tus compañeritas, hijas de personas de Monterrey acomodadas y en buena posición económica, no pudieron ir este año a los colegios, y te darás cuenta de que si yo resolví que ustedes se fueran, fue considerando que aunque esto nos imponía a todos un sacrificio, era justo y conveniente que ustedes terminaran o afianzaran sus conocimientos generales y de inglés.

El no poder ir nos privará de una alegría muy grande, la de participar contigo en tus momentos felices al terminar los estudios de preparatoria, pero podrás fácilmente comprender que si nuestra ausencia pudiera causarte a ti alguna tristeza, a nosotros nos proporcionará una mayor, al no poder estar contigo cuando tan brillantemente terminarás tus estudios. Pero ya tendremos oportunidad de pasarnos ratos agradables en esta ciudad, cuando vuelvas, pues desgraciadamente en esta vida, muchas de las cosas que más quisiera uno hacer no están a nuestro alcance.

Es muy posible que su viaje lo hagan este año directamente por El Paso, en vez de hacerlo por Monterrey. Oportunamente procuraré todo lo relativo a su viaje.

Hoy mandé a la Madre quince dólares que servirán para el pago de tu diploma, y según entendí yo, para la renta de la capa y la gorra para la recepción.

Conque te felicito mucho y te deseo todo género de venturas, y con muchos besos se despide tu padre que mucho te quiere.

VIAJES



Europa

El Ing. Ortiz escribió el
“Diario de un viaje a Europa”:

El día 27 de marzo de 1947, asistí en el Banco de La Laguna a una junta de Consejo en la que, además de la gran satisfacción de despedirme de los compañeros consejeros, a petición del señor Don Domingo Valdés Llano se me concedió, para gastos de representación en mi viaje a Europa, una importante suma mensual por el tiempo que durara mi ausencia.

Me conmovió este gesto de Don Domingo y la aprobación unánime de los demás consejeros por ser esta una manifestación de reconocimiento a mis trabajos durante 20 años en la Institución.

Salimos rumbo a Monterrey y al día siguiente tuvimos la oportunidad de visitar a la familia y a buenos amigos como Manuel Santos en su Banco, a Federico Gómez Director del periódico *El Porvenir*. Supe que Pepe de la Mora, Eloy Vallina y Manuel Santos habían comprado el “Pan American Trust Company de New York”.

Arreglamos los boletos del Pullman y nos embarcamos María, los Señores Juambelz y yo rumbo a Nueva York llegando el día 3 de abril.

Ahí arreglamos varios asuntos como la compra de un automóvil Buick Super, visitamos la ciudad, los centros de espectáculos, etc.

Pudimos saludar y convivir en diferentes momentos con varios amigos como Pepe de la Mora, Eloy Vallina, Don Emilio Azcárraga, Don Clemente Serna Martínez, Roberto G. Sada, entre otros.

El día 11 me encontré con la dolorosísima noticia del fallecimiento del General Eulogio Ortiz por medio de Hilario Esparza.

El 15 de abril zarpamos en el trasatlántico La Habana, mitad carguero mitad de pasajeros con todo y Buick, y después de navegar 3,236 millas, varios días mareados, enfermos y demás llegamos a Bilbao el día 26, siendo recibidos por Enrique Zunzunegui y sus hijas Maribel y Elvirita.

Después de padecer todo tipo de problemas, mover todo tipo de influencias y muchos días de espera pudimos internar el automóvil legalmente para poder hacer nuestros recorridos. Visitamos toda España, tiempos del Franquismo, visitando museos, edificios, templos, espectáculos, gozando su comida, sus tradiciones, y su folclor.

Conocimos otros países, prácticamente toda Europa.

En el vapor "América" zarpamos de París de regreso a Nueva York el 7 de noviembre llegando el día 13, donde estuvimos descansando algunos días, coincidiendo con Don Roberto Lebrija y Sra.

El día 22 tomamos el tren rumbo al Paso, Texas llegando el 25 y el 26 de noviembre rumbo a Torreón.

Al Pasar por El Vergel, vimos dos automóviles en los que viajaban nuestros hijos, quienes tuvieron la intención de ir a encontrarnos a Bermejillo. ¡La emoción me ahogaba! Los besos de cariño de mis hijos y nietos, y los abrazos de los amigos, nos anunciaron su regocijo por nuestra llegada.

Un grupo de nuestras amistades y familiares pasaron a nuestra casa en donde nuestras hijas habían preparado una pequeña fiesta para recibirnos alegremente.

¡Qué alegría estar de nuevo entre los seres queridos! ¡Qué felicidad sentir otra vez el afecto de los viejos amigos y qué gusto poder decir: estoy en mi Patria, y añadir con orgullo: ¡Como México no hay dos!

Nuestro primer viaje a Europa en 1947 nos dejó tan gratos recuerdos, que María y yo mantuvimos la esperanza de repetirlo y de conocer otros pueblos. Afortunadamente logramos realizarlo nueve años después.

Los naturales preparativos para hacer un viaje de cuatro meses y la necesidad de dejar la menor cantidad de pendientes durante nuestra ausencia, me obligaron a trabajar intensamente y a dedicar mayores atenciones al Banco, al Fraccionamiento y a otros asuntos, pues la fecha de partida se acercaba, debiendo embarcarnos el 16 de marzo de 1957 en Nueva York.

Salimos en automóvil a Monterrey donde estuvimos dos días visitando a nuestra familia. En una reunión organizada en nuestro honor por mis queridos hermanos Don Antero Valdés y Rosita pude conversar largamente con un hombre al que Monterrey debe algunas de sus más importantes industrias, el ingeniero Roberto G. Sada, a quien me ligan desde mi más temprana edad, lazos de una ininterrumpida y fraternal amistad.

Volamos a San Antonio con los señores Juambelz para al día siguiente tomar el tren a Nueva York.

Como estaba programado el día 16 nos embarcamos en el "Ile de France" para desembarcar en el puerto del Havre el día 23 de marzo. Nos trasladamos a París, luego Madrid, Roma, Grecia, Turquía, Líbano, Israel y Egipto.

Regresamos a Roma donde estuvimos varios días con la grandísima alegría de visitar en audiencia privada a su Santidad Pío XII.

Seguimos por Nápoles, Florencia, Venecia, Viena, Salzburgo, Munich, Berlín, regresando a París.

Visitamos ciudades grandes y pequeñas, conocimos viejas y remozadas costumbres, vimos vestigios esplendorosos de civilizaciones que se perdieron en la noche de los tiempos, y pueblos enteros

que sienten el acicate del hambre y un anhelo irrepreensible de libertad y de progreso.

Volamos a Londres donde estuvimos varios días para salir el día 3 de julio a Southampton y tomar el “Mauritania” y llegar a Nueva York el día 10.

El 12 de julio abordamos el avión en el Aeródromo La Guardia, un viaje horriblemente tedioso, pues el aparato hizo escalas en Buffalo, Cincinnati, St. Louis, Forth Worth y San Antonio, invirtiendo diez horas y media para llegar a Monterrey.

Bajamos sin esperar que nadie nos recibiera, pero entre aquel numeroso grupo de personas estaban nuestras seis hijas, nuestro hijo José Manuel, nuestros yernos Ernesto y Víctor, y dos de los nietos, Gustavo y Roberto, además de un buen grupo de nuestros hermanos y parientes de Monterrey.

Embargados por la natural emoción partimos a casa de Antero y Rosita, en donde nos tenían preparada una fiesta íntima de bienvenida.

Al día siguiente muy temprano por la mañana marchamos nuestros hijos y nosotros hacia Torreón.

¡Cuántas deliciosas remembranzas acudían a mi mente al dejar el hermoso valle de Nuestra Señora de Monterrey, al que limitan fantásticas montañas que la distancia pinta de azules maravillosos! Allí, en aquella industriosa ciudad nacimos María y yo, y pasamos los encantadores años de nuestros años mozos. Allí empezaron nuestros amores que culminaron en un matrimonio feliz.

Cinco de nuestros siete hijos vieron la luz primera, y fue en Monterrey, en donde pasamos buena parte de nuestras vidas al calor del cariño de nuestros padres y amigos.

También allí conocí las grandes satisfacciones que se obtienen mediante el constante esfuerzo en el trabajo honesto, y no hay rincón de la vieja ciudad del cual no guarde grata memoria.

Al llegar al pequeño poblado de Zapata, nos esperaba una nueva sorpresa. Los jefes y un grupo de empleados del Banco de La Laguna habían ido hasta ese lugar, llevando cancioneros y música, para recibirnos.

Al descender del carro, María recibió un hermoso ramo de flores, y ambos los abrazos y cariñosas frases de bienvenida de mis compañeros de trabajo.

Media hora después nos deteníamos frente a nuestra casa, en la puerta habían colocado un arco floral, en el que con grandes letras se leía la palabra “Bienvenidos”. En el jardín dispusieron una magnífica cena, en la que concurrieron, además de todo el personal del Banco, varios señores Consejeros, todos nuestros hijos y algunos nietos, donde pasamos las horas en alegre y emotiva convivencia.

Después de miles de kilómetros recorridos en barcos, aviones y trenes tenía el convencimiento de que había valido la pena aquel intenso peregrinar nuestro, el esfuerzo físico desarrollado y las molestias sufridas, para aquilatar mejor desde lejos la grandeza de nuestra Patria, su brillante porvenir y el bienestar del que disfrutamos los que tenemos la dicha de vivir en ella.

MEMORIAS Y ANÉCDOTAS



*Memoria del Sr. Ingeniero
José Federico Ortiz Escamilla*

En esta muy noble y leal ciudad de Monterrey, de las incomparables montañas, a los quince días del mes de marzo del año del señor de 1886, y siendo las cinco de la mañana, y entre dolores y alegría de un matrimonio feliz, se abrieron mis ojos a la luz, pero no la vi o no recuerdo haberlo visto, lo cual debe disculpárseme dada mi corta edad.

Mi padre, un español de la provincia de Vizcaya, debe haberse sentido dichosísimo. Llevaba cuatro años de matrimonio con mi madre y la venida al mundo de su hijo, me cuentan, lo puso fuera de sí de contento, y ya comenzaba a buscarle al pequeño vástago ocupación provechosa: quería que fuera Obispo. Pobre padre mío. Ocho meses tenía yo cuando falleció dejando desamparado al hijo y desconsolada a la madre.

Afortunadamente, mi señora mamá poseía el más cariñoso temperamento y un singular valor, y entre mimos y castigos cumplí cuatro años.

A esa edad fui por primera vez a la escuela ¡Qué dicha! Algunos de los presentes, entre ellos don José Rivero, asistieron a ella. La maestra era una Madre de la caridad que estuvo a punto de ser expulsada en la época de Juárez, pero escondida se salvó; y después, abandonando su antigua misión, se dedicó a educar criaturas.

Cuantos castigos recibí de aquella buena señora, no lo recuerdo, pero entre otros, hubo una mañana que tuve que estar hincado un gran rato en una ventana portando sobre mi cabeza unas

enormes orejas de burro provocando las burlas de los transeúntes. Otra vez pinte en un piso de tipichil, bastante empolvado, diez cruces de enormes dimensiones con la lengua y lo más terrible es que había que salivar exageradamente para que no se borraran pronto y ellos las vieran y las contaran. Consideren ustedes cómo tendría uno la lengua después de tan simpático trabajo.

Nuestro uniforme era una bata roja muy larga y con ella desfílábamos por las calles al son de una especie de castañuelas que ella tocaba. En las fiestas religiosas, nos llevaba la buena viejecita vestidos de la manera más extravagante. Yo conservo un retrato en el que me veo vestido de ángel portando una bandeja en la que se ven pedazos de una calavera. A mí me entregaron la calavera flamante, pero al entrar a la catedral me caí y rompí el cráneo que llevaba en la bandeja.

Debo haber estado allí dos o tres años y, creyendo mi madre que podría comenzar mi instrucción primaria, me puso en el instituto que dirigía Don Ausencio Fernández. Allí los estudios eran muy completos. Por lectura: Ba-la, Bo-la, Be-be. Y por aritmética: $2 \times 1 = 2$, $2 \times 2 = 4$. Salía uno después de haber estado gritando dos o tres horas seguidas con la boca seca y el cuerpo mallugado por las caricias de una buena regla cilíndrica de ébano que siempre uso “tío Chencho”, y la cual esgrimía con una tan rara habilidad que sólo de recordarlo se me achina el cuerpo y a mis ojos asoman involuntaria lágrimas. Luego vino el Colegio Bolívar y con él la felicidad de algunos centenares de niños. Nuestros grandes maestros, don Emilio Rodríguez y don José Abel Ayala, hicieron olvidar los malos ratos pasados y supieron crear en nosotros el amor al estudio y al trabajo.

Estuve allí cinco años, estudiando mucho y jugando más.

Recuerdo con tal placer el uniforme de un *team* de béisbol que se llamaba “Apolo” (figúrense ustedes qué nombre). Creo que Don

Abel, de quien se decía que era medio afeminado, lo bautizó así porque dijo que quienes formábamos el *team* éramos muy bonitos. Don Roberto Sada y el que habla son dos ejemplares de los niños aquellos.

Yo era lo que entonces llamaban tercer *fielder*, puesto que ocupaba siempre al más chambón, pero de cualquier manera lo notable era el uniforme. Vean ustedes: cachucha de gajos amarillos y negros, camisa de punto de media a rayas blancas y azules, pantalón rojo, medias negras, zapatos al gusto, pero siempre rotos, y en el pecho con letras rojas del simpático nombre del *team*, “APOLO”.

Mis deportes favoritos en aquel entonces fueron la bicicleta y la caza. En primer lugar, la bicicleta. Aún recuerdo el tenderete de medias sin rodillas y los dolores de las curaciones de tanto raspón en que mi madre me aplicaba, cuando no de yodo de aguardiente alcanforado.

Después de ese deporte, la caza, primero con hulera, después con rifle de espérame tantito y por último con escopeta. De diversiones, mis preferidas eran pegarle botes en la cola a los pobres canes y hacer volar gatos sobre las azoteas a base de petróleo.

Terminé en el Bolívar y principié en el Colegio Civil. Allí estuve más o menos tres años y luego me fui a México, donde cursé en la Escuela de Agricultura la carrera de Perito Agrícola. Tuve el honor de estrechar la mano del gran Porfirio Díaz al recibir un premio en alguno de los años.

Después de regresar a Monterrey, me fui al colegio de los Estados Unidos, donde estuve alrededor de un año, primero en San Antonio y después en Waco.

Regresé nuevamente a Monterrey cuando se principiaban las obras del drenaje y entré a desempeñar la difícil tarea de *blue printing boy*. Me ascendieron antes de un mes a dibujante, puesto al que llegué por ausencia del jefe, en alguna ocasión al sustituir a

éste. Pasé, como ayudante del ingeniero de la ciudad, al departamento de cálculo y luego a la localización de las líneas de la ciudad, donde fui nivelador. Llegué a ser Ingeniero de División, y cuando me parecía fácil y por fin conocía de maravilla mi trabajo, me dieron mi time-check, porque se terminó lo que llamaron primera construcción. Durante esa época, había en la ciudad una exagerada afición por los toros, y yo, entusiasta entre los primeros, me decidí a torear mi primera corrida de aficionados. Fue tal mi éxito después de matar un toro admirablemente y torear como el mejor, que me creí un genio y vino la segunda corrida, en donde no salí del todo bien, pues recibí uno que otro golpe, lo que achacué a mi falta de fortuna y toreé una tercera vez y fue el disloque. La faena cumbre en el primero me tocó en suerte. No sé cuántos pases fueron, pero cada uno se componía de más o menos los siguientes actos:

1. Mi acercamiento al toro
2. El arrancarse del mismo
3. El cogermelo y darme una paliza de órdago
4. El quite en masa por los amigos
5. Las voluntariosas sacudidas de polvo
6. Los consejos del director, que decía: “torea con la izquierda y valor, chiquillo, que ese toro es tuyo”, y al calvario otra vez.

Todo hecho con un solo moretón y con unos pantalones prestados, pues los míos los hizo pedazos el enemigo. Llegué a mi casa en donde no hubo bastantes medicinas y vendas suficientes para arreglar mi adolorido cuerpo. Aborrecí por algún tiempo la carne de res.

No habiendo trabajo en el drenaje, Genaro Dávila me solicitó para que le ayudara en algunos trabajos topográficos. Llevaba con él seis meses cuando de nuevo principiaron las obras de saneamiento en la ciudad y volví allí. Supe que Don Lorenzo González Treviño

había emprendido grandes obras de irrigación en la Hacienda San Carlos y después de solicitar trabajo, empecé bajo las órdenes del Ing. Rodrigo García, quien me encomendó la construcción de una gran presa de terracería, la Presa de San Miguel. Después hice varios trabajos de proyectos de canales, presas, etcétera y tuve a mi cargo una división en donde se desarrollaron trabajos de mucha importancia. Se dotaron de riego a 25,000 hectáreas y se llegaron a sembrar 15,000. Me encontraba allí cuando comenzó la primera revolución.

Anécdotas

I. El piano de la abuela

Se casan mis abuelos y se van a la Hacienda San Carlos, propiedad de Don Lorenzo González Treviño, a construir canales, allá en la frontera, cerca de Piedras Negras, Coahuila, lugar donde nace mi madre.

Hay una historia muy simpática: mi abuela, María Sada Paz, le puso de condición a mi abuelo que para ir a vivir a aquel lugar tan despoblado y desolado le tenía que llevar su piano. Entonces mi abuelo le llevó el piano o pianola, lo que haya sido en aquel entonces. Y un día, estando mi abuelo en el campamento donde se iban trazando los canales, empieza ella a tocar el piano para entretenerse o pasar el rato —dado que mi abuela sabía tocar música clásica y daba también algunos conciertos, igual que a la postre lo hizo mi madre— y unos cazadores —gente culta, creo yo— escuchan y se preguntan quién podría estar tocando esa música en medio de la nada; y entonces fueron hacia el lugar de donde provenía la música y llegaron a buscar a quien tocaba. Y ahí estaba mi abuela, en la casa, practicando.

Mi madre tuvo una daga muy clavada toda la vida por haber nacido en Piedras Negras y no en Monterrey.

Lic. Gustavo Bredée Ortiz

II. Cuando el Ing. Ortiz llega a Torreón

“Luis, el Ing. José F. Ortiz va a Torreón y se hará cargo del Banco de La Laguna. Entrégale un auto que esté a la altura de su dignidad”, fue la orden de Don Juan Brittingham, Presidente del Banco. En esos momentos Don Luis Sáenz no tenía un auto de lujo en su inventario, así que, de inmediato, llevó su propio automóvil para ponerlo, provisionalmente, a la orden del joven ejecutivo regiomontano que llegaba para hacerse cargo de una de las instituciones clave en el desarrollo regional.

Lic. Federico Sáenz Negrete

III. La pregunta del nieto

Un día llegó Ernesto Bredée Ortiz, nieto del ingeniero, a visitarlo, y para tantearlo, le pregunta:

—Abuelito, tú que eres muy culto, ¿qué es la vida?

El Ingeniero se le queda viendo seriamente mientras fuma su puro y espera a que el nieto le salga con alguna tontería. Éste le sale con que “la vida es una tómbola, to-to tómbola”, ya que estaba de moda aquella canción.

Entonces el ingeniero le dice:

—¡No, mi amigo! La vida es un largo viaje al que concurrimos todos, mas, de tan distintos modos que da risa y da coraje. En arnés magnífico o en asno pacífico, por tan angosta vereda mezclados van pobres y ricos. Si el grande atropella al chico, atropellado se queda; y sin hallar posada, juntos han de caminar hasta concluir la jornada. ¡Esa es la vida, mi amigo!

Lic. Gustavo Bredée Ortiz

XXX CONVENCIÓN NACIONAL BANCARIA



Discurso del Ing. José F. Ortiz

El Ing., José F. Ortiz, Director General de la Zona de Coahuila del Banco Comercial Mexicano durante los trabajos realizados por motivo de la XXX Convención Nacional Bancaria realizados en la ciudad de Torreón en el mes de marzo de 1964, dio lectura a un estudio sobre los problemas económicos en la historia de La Laguna y la forma como se resolvieron.

El acto tuvo lugar el día 14 de noviembre de 1964 a las 10:05 horas, en el Cine Nazas, a donde llegó el Presidente de La República Adolfo López Mateos, los Gobernadores de Coahuila y Durango, señor Braulio Fernández Aguirre e Ing. Enrique Dupré Ceniceros; los Secretarios, Lic. Antonio Ortiz Mena, de Hacienda, e Ing. Julián Rodríguez Adame, de Agricultura; el Director del Banco de México, Sr. Rodrigo Gómez; los Comandantes de las Zonas Militares Sexta y Décima de las mencionadas Entidades, generales Antonio Romero Romero y Alberto Bello Santana; y otras personalidades que figuraban en la comitiva presidencial. El Jefe de la nación ocupó el centro del presidium, teniendo a su derecha al Lic. Ortiz Mena; al señor Manuel Piores, Presidente de la Asociación de Banqueros; al Ing. Dupré Ceniceros; al Lic. Raúl Salinas Lozano; y al señor Rodrigo Gómez. Y a su izquierda se hallaban el señor Juan S. Farías, Vice Presidente de la Asociación de Banqueros; el Gobernador, señor Braulio Fernández Aguirre; el Ing. Rodríguez Adame; el Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Subsecretario de Hacienda; y los generales Romero Romero y Bello Santana. Atrás, se encontraban destacados miembros de la Asociación de Banqueros

y funcionarios. El Presidente de la Asociación de Banqueros, señor Manuel Flores, dio lectura al informe anual de actividades de ese organismo, siguiéndole el Lic. Ortiz Mena, con una exposición general del panorama económico del país, disertación que fue recibida con especial interés por los convencionistas y cuyos conceptos generales emitimos enseguida:

Al hablar de La Laguna en su aspecto económico, quizá nadie esté tan autorizado para hacerlo como el Ing. José F. Ortiz por los muchos años que lleva al frente de muy importantes instituciones de crédito y porque durante estos años se ha constituido en un verdadero líder regional iniciador de sistemas e impulsor en general de la vida lagunera en sus actividades básicas. Por eso, el estudio que presentó en la primera sesión de la Convención Bancaria que está reunida en esta ciudad, en el que en forma que podríamos llamar histórica y donde presentó los hechos ocurridos analizando las crisis tenidas y la forma como fueron superadas, tiene un interés especial para quienes deseen normar sus conceptos sobre el futuro de esta región. Publicamos en seguida ese estudio:

Señor Presidente de la República, señor Secretario de Hacienda y Crédito Público, señores Gobernadores de Coahuila y de Durango, señor Director del Banco de México, señores del Presídium, señoras y señores, por ser un viejo lagunero que ha pasado en esta comarca los mejores años de su vida, algunos amigos me pidieron que presentara este trabajo ante ustedes. Acepté gustoso porque deseo exponer las causas reales que han motivado la crisis actual rectificando algunas noticias exageradas que han circulado y que no se apegan a la realidad. La agricultura, base de nuestra economía actualmente, estará expuesta siempre a diversos fenómenos que la afectan: escasez de agua, condiciones climatológicas, plagas, precios de los productos, etcétera, fenómenos que han ocasionado la crisis que hoy padecemos. Antes de ha-

blar en detalle sobre este tópico, pasaré revista, muy someramente, a otras situaciones adversas que hemos sufrido y a los procedimientos que aplicamos para salvarlas. Durante la revolución vivimos tiempos muy difíciles porque fue aquí donde se libraron los más violentos combates, precursores de su triunfo. No obstante, en aquella época se construyeron algunos de los canales de riego más importantes, que desde entonces se utilizan para llevar el agua a grandes extensiones de eriazos abiertos al cultivo. Además de la denodada lucha que los agricultores sostuvieron en defensa de sus intereses, hicieron frente en forma decidida a los continuos trastornos ocasionados por los movimientos militares, logrando sobrevivir y seguir trabajando para contribuir con su esfuerzo a la satisfacción de algunas de las necesidades más urgentes del país. Al volver la normalidad, otras crisis más o menos graves se presentaron. Durante la Primera Guerra Mundial, los precios del algodón alcanzaron niveles altísimos por la extraordinaria demanda de esta fibra, provocando una era de bonanza para los negocios de la comarca. Un año después de terminada la guerra, en 1919, se conservaban esos precios, los que posteriormente se derrumbaron causando pérdidas de cuantía a quienes resolvieron conservar su algodón esperando mayores ganancias y que a la postre tuvieron que venderlo a los bajos precios vigentes. Algunos rancheros liquidaron sus negocios, pero la mayoría continuó en su dura labor al amparo de la Comisión Monetaria, que en aquellos calamitosos tiempos los favoreció con esperas, préstamos y otras facilidades. Pasaron varios años de normalidad hasta que en el ciclo 1931-1932 una terrible depresión en el mercado mundial del algodón causó vicisitudes y quebrantos considerables que los colocaron una vez más en estado crítico. El strict middling se cotizó ese año a 17 dólares el quintal, y con los descuentos por diferencias en las clases se dieron casos en que los hacendados que habían vendido sus cosechas a las compañías compradoras no recibieron efectivo alguno al entregarlas y por el contrario, quedaron debiendo. A tal grado llegó esa penosa situación, que muchas labores fueron abando-

nadas, sin llegar a las pizcas porque el valor de la fibra era inferior al costo de su recolección. Después de muchas deliberaciones, la Cámara Agrícola resolvió que varios de sus miembros más prominentes se trasladaran a la ciudad de México para entrevistarse con el señor Presidente de la República, General Plutarco Elías Calles, quien, al darse cuenta de la seriedad del problema, ordenó a don Alberto Mascareñas, Director del Banco de México, que viniera a La Laguna para que hiciera un estudio y propusiera alguna solución. Don Alberto recomendó que la Comisión Monetaria concediera préstamos a quienes los necesitaran y pudieran garantizarlos, siempre que el Banco de La Laguna, muy activo en esa época, cooperara en el otorgamiento de créditos con la Monetaria y estuviera dispuesto a encargarse de la administración y vigilancia de los negocios habilitados. En esta forma las instituciones citadas tomaron a su cargo la satisfacción de las necesidades de efectivo para las siembras del ciclo 1932-1933. Al levantarse las cosechas, que fueron abundantes y vendidas a buen precio, se liquidaron absolutamente todos los adeudos. Sin embargo, hubo necesidad de buscar nuevas fuentes de financiamiento para los trabajos del ciclo siguiente y para este objeto la Cámara Agrícola mandó comisionados que hablaron con el Secretario de Hacienda, señor Ing. Alberto J. Pani, quien negó la autorización para que la Comisión Monetaria siguiera concediendo préstamos en La Laguna, pero aconsejó que se constituyera un Banco, ofreciendo que tanto la Comisión Monetaria como el Banco de México abrirían créditos a quienes tomaran parte en la organización garantizando su participación con los ranchos de su propiedad. Y convinieron en amortizar los préstamos recibidos con el 10% de las cosechas que anualmente levantarán. Así se constituyó el Banco Algodonero Refaccionario, S.A., que a los 4 años de organizado liquidó los créditos que el Banco de México y la Comisión Monetaria habían concedido a sus socios, y siguió auxiliándolos hasta 1936, año en que prácticamente entró en liquidación con motivo del reparto de las propiedades de sus accionistas. Por Decreto del 6 de octubre de

1936, el General Lázaro Cárdenas ordenó la resolución integral del problema agrario de La Laguna. Para tal fin, el Presidente, acompañado de numerosos ingenieros y técnicos, vino a la Comarca para repartir las tierras. El reparto se realizó con rapidez, dotándose a 30,000 campesinos con cuatro hectáreas de riego a cada uno, además de algunas importantes superficies de eriazos, dejando a los antiguos latifundistas 150 hectáreas como pequeña propiedad inafectable. Todas las fuerzas activas —agricultores, industriales, comerciantes, bancos, etcétera— sufrieron las consecuencias de esta transformación radical de la vida regional, resintiendo pérdidas cuantiosas. A pesar de los quebrantos y de la desorganización causada por la rapidez con que se llevó a cabo el reparto, los hacendados no se desalentaron y se dedicaron a planear la explotación de las 150 hectáreas que les quedaron con un trabajo intensivo para lograr los mayores rendimientos posibles. Por lo que toca al ejido, el sistema que se implantó para explotar sus tierras fue sin duda el mejor que pudo adoptarse por el momento, consistente en aplicar los mismos métodos de trabajo de las antiguas haciendas. Es decir, a los que fueron mayordomos y peones se les dejó trabajando en comunidad en el mismo lugar en donde lo hacían bajo la dirección de un jefe de zona, que en cierta forma no hizo sino sustituir al antiguo patrón. Se aplicó el sistema colectivo por las dificultades para deslindar las pequeñas parcelas y la imposibilidad de regarlas individualmente, pues en aquel tiempo la irrigación se hacía aprovechando las avenidas torrenciales de los ríos Nazas y Aguanaval para inundar superficies considerables que previamente habían sido bordeadas. El agua cubría esas superficies con una lámina de más de un metro de espesor que poco a poco se infiltraba en la tierra, arándose después superficialmente para conservar la humedad y efectuar la siembra. La financiación, dirección y administración de los trabajos se hacía como hasta la fecha, por conducto del Banco Ejidal, hoy Banco Agrario de La Laguna. En auxilio de los pequeños propietarios, el Banco Agrícola abrió una sucursal en Torreón que vino a colaborar

con los bancos locales que bien poco podían hacer debido a la situación en que quedaron después de la implantación de la reforma agraria. Sin embargo, estos bancos, y las sucursales de otros con matriz en México, concedieron créditos al máximo cubriendo de preferencia las necesidades de la mayor parte de su antigua clientela. Después del reparto hubo grandes avenidas en los ríos Nazas y Aguanaval, siendo también inmejorables las condiciones climatológicas. El algodón alcanzó precios remunerativos y los pequeños propietarios obtuvieron ganancias suficientes para liquidar sus adeudos y empezar a reconstruir su economía. Mientras tanto, el ejido trabajaba con el fuerte apoyo económico del Gobierno Federal. Antes de terminar la exposición de la tremenda crisis que ocasionó la repartición de la tierra y que transformó radicalmente las formas de trabajo y de vida en la comarca, quiero hacer notar que jamás hubo violencia de ninguna especie, ni de parte de los antiguos hacendados, ni de los peones transformados con su nueva situación de trabajo sin cesar y obteniendo resultados favorables con los nuevos métodos implantados, logrando así mayores cosechas en las pequeñas áreas a las que aplicaron una mejor técnica y cuidado. Con lo anterior termino mi relato sobre las depresiones más agudas que ha sufrido la comarca para señalar ahora las causas que a mi juicio motivaron la crisis actual y cuáles han sido los procedimientos empleados para combatirla, lo que constituye el principal objeto de este trabajo. La explotación de la tierra se practica aquí por dos grandes grupos: los agricultores, que cultivan las pequeñas propiedades inafectables; y los ejidatarios, que trabajan las parcelas que recibieron bajo el sistema colectivo. El abatimiento de la economía en la pequeña propiedad comenzó a incubarse desde 1957 debido a que entonces el precio del algodón en el mercado era inferior al costo de producción. Los pequeños propietarios, acostumbrados a la siembra tradicional del algodón, aunque se daban cuenta de la continua alza en los costos de cultivo, esperaban, sin embargo obtener, al vender las cosechas, precios remunerativos, los que por el contrario no correspon-

dieron a lo gastado en su producción. La esperanza frustrada que originó esta práctica y provocó pérdidas cuantiosas los obligó a pedir la intervención del Gobierno Federal. Estos agricultores, que no solamente eran deudores de los bancos que los habilitaban, sino también del comercio, de las compañías vendedoras de maquinaria, de insecticidas, etcétera, resolvieron gestionar ante la Secretaría de Agricultura su rehabilitación, consistente en que consolidándose todos sus adeudos se les diera un plazo de cinco años para liquidarlos. Desde el año de 1960, la secretaria mencionada, la de Hacienda, y el Banco de México enviaron expertos a enterarse del estado económico de cada uno de los solicitantes de rehabilitación, comenzando por estudiar sus propiedades y sus equipos de bombeo para determinar su probable producción anual y las posibilidades de amortización de los nuevos préstamos. Terminados los estudios se ajustaron los créditos conviniendo los acreedores en hacer las quitas necesarias a fin de que con el producto de las cosechas pudieran cubrirse los pagos anuales convenidos. A fines de 1961 se documentó la rehabilitación de los solicitantes, cuyos créditos se garantizaron a través de un fondo, que estableció la Secretaría de Hacienda en fideicomiso con el Banco de México, llamado "Fondo de Rehabilitación para Agricultores de la Comarca Lagunera". Fue así como este importante grupo de pequeños propietarios que no habían podido obtener créditos de habilitación, los obtuvieron a partir del ciclo 1961-1962. Además, el Banco Agrícola extendió considerablemente sus créditos y los bancos locales, por su parte, siguieron ayudando a sus clientes y a sus respectivos rehabilitados. En los ejidos, la causa principal de pobreza, que por algún tiempo motivó protestas y viajes continuos de comisiones a la ciudad de México para solicitar ayuda a las diversas Secretarías de Estado, fue la falta de trabajo, pues en 1963 no había agua disponible en la Presa Lázaro Cárdenas para riego y sólo se contaba con la proveniente de las norias, razón por la que el ejido apenas pudo cultivar 22,600 hectáreas de algodón y 4,400 de trigo, superficie insuficiente para ocupar a todos los ejidatarios.

Tras de atender a las comisiones de ejidatarios, el señor Presidente de la República ordenó que la Secretaría de Agricultura y la de Recursos Hidráulicos ejecutaran inmediatamente algunas de las obras de irrigación ya proyectadas en las que encontrara trabajo el mayor número posible de campesinos. Las Secretarías citadas iniciaron de inmediato la construcción del canal Santa Rosa-Tlahualilo, empleando 14,000 hombres, a quienes la Compañía Nacional de Subsistencias Populares atendió vendiéndoles alimentos a precios bajos y estableciendo varias tiendas en las ciudades y poblados de la región para vender mercancías a costo moderado. Estas medidas tomadas por la Federación hicieron que la tranquilidad volviera al campo. Sin embargo, el problema sigue latente y nuestro Gobierno, que lo conoce a fondo, ha dado por pasos efectivos para resolverlo definitivamente atacando el caso de la sobrepoblación rural y mejorando nuestros sistemas de riego. Paso a exponer las causas que a mi juicio originaron la sobrepoblación en La Laguna. Con las grandes avenidas de los ríos Nazas y Aguanaval del año de 1935, se regó una de las más extensas superficies para siembra de algodón en toda su historia: 133,000 hectáreas, y 37,000 para trigo. Con ello abundó el trabajo para todos los campesinos que aquí radicaban, lo cual trajo consigo una bonanza que aprovecharon hombres de Zacatecas, de Durango y de otros lugares. Más aún: durante la temporada de pizcas acudieron otros de puntos inmediatos y para el mes de octubre en que se llevó a cabo el reparto agrario, la población campesina era exageradamente más numerosa que la normal. Se entregaron 120,000 hectáreas consideradas como de riego a 30,000 campesinos, a razón de 4 hectáreas a cada uno, y 300,000 hectáreas de eriazos. A la pequeña propiedad le quedaron 71,000 hectáreas. El resultado fue que se repartió la tierra sin tomar en consideración el agua necesaria para cultivarla, y aunque sin la gravedad actual, desde esa época comenzó el incremento de la población campesina, que con el transcurso de los años ha venido aumentando más con el crecimiento de sus familias. En los 27 años transcurridos desde 1936 a la fecha, el

promedio de la superficie de trigo y de algodón en conjunto que ha podido cultivar cada ejidatario apenas alcanza dos y media hectáreas, no obstante que se dispone, además del agua del río, del agua de más de mil norias perforadas en sus tierras. En los últimos nueve años, el promedio del área cultivada por ejidatarios ha sido de 1.52 hectáreas, y jamás han podido sembrar las cuatro hectáreas que originalmente les fueron asignadas. Es evidente la imposibilidad de que haya empleo constante y seguro en las labores agrícolas para el crecido número de campesinos radicados aquí. Por eso es muy urgente buscar solución a este problema abriendo nuevas fuentes de trabajo en la región. Por lo que toca al Gobierno, se deben continuar las obras iniciadas y comenzar las que están proyectadas para perfeccionar el sistema de irrigación. Por lo que a nosotros corresponde, debemos seguir impulsando: en la agricultura, con el establecimiento de granjas en las que el campesino, en primer término, produzca lo necesario para su subsistencia y reduzca las siembras exclusivas de trigo y de algodón, substituyéndolos por otras plantas ya probadas en la zona, tales como la viña, la sandía, el melón, el sorgo, las pasturas, etcétera; en la ganadería, con el emprendimiento, en mayor escala, de la cría y engorda de ganado, tanto vacuno como porcino, aumentando el número de establos, la explotación de aves y la producción de huevo; y en la industria, con la creación de nuevas fábricas en las que se transformen los productos de la agricultura y de la ganadería. Contamos con un fraccionamiento Industrial dotado de todos los servicios indispensables para la instalación de empresas fabriles, ya que tiene ferrocarril, escapes, agua, drenaje, fuerza eléctrica y planta almacenadora de gas natural y de otros combustibles. Una zona en la que sin duda, en un futuro no lejano, habrán de fincarse fábricas en las que muchos de los campesinos encontrarán ocupación. Pero mientras eso se realiza, el Gobierno ha movilizado núcleos de gente a nuevos centros agrícolas en el sureste de la República, centros que ofrecen halagadoras perspectivas para quienes laboran en el campo. El lagunero ha sido siempre audaz. Ama a esta

tierra entrañablemente. Heredó las virtudes de aquellos primitivos visionarios que adivinaron los tesoros que yacían enterrados en las entrañas de estos desiertos, y que con penalidades y tesoneros esfuerzos lograron desviar las fertilizantes aguas de los ríos, para extraerlos. Es difícil desarraigar al lagunero, llámese patrón o campesino. Aquí han hecho su vida, formando su familia, logrando sus anhelos, y en el peor de los casos perdiendo sus bienes, pero nunca la esperanza y la fe en estos suelos feroces prometedores de riquezas y bienestar. Por eso digo que duele recurrir a la movilización de campesinos a otros lugares de la patria, pero al no haber otro recurso para acabar con el desempleo, es preferible esa movilización a desentenderse de un problema que pueda traer consecuencias de más difícil solución. No deseo, señores, que se lleven ustedes la impresión de que aquí impera la desesperanza. Al contrario, somos optimistas, optimistas conscientes. Basta conocer nuestras jóvenes ciudades y tomar en cuenta las enormes inversiones hechas en irrigación y en tantas otras obras para justificar nuestra actitud, máxime sabiendo, como sabemos, que esas enormes inversiones tienen su raíz en los frutos producidos por nuestras fecundas tierras. Dispuestos a la batalla, como estamos, y confiados en la acción del Gobierno para eliminar los males presentes, no habrá de pasar mucho tiempo sin que la región vuelva a su vida normal de intenso trabajo, sin olvidar jamás la ayuda que hemos recibido del señor Presidente de la República, de los señores Secretarios de Agricultura, Hacienda y Recursos Hidráulicos y de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, tan efectiva y oportunamente prestada. Si elegí el tema de las crisis laguneras para desarrollarlo en esta convención, fue por considerar que sería interesante para ustedes conocerlas y saber por qué y cuándo se presentaron. Creo sinceramente que la actual está pasando porque se dispone de un caudal de agua en la Presa Lázaro Cárdenas para regar una superficie superior a la del ciclo anterior, en el que sólo se contó con el agua de las norias. Ahora tendrán ocupación un mayor número de campesinos. Otros encontrarán empleo en

la terminación de los canales de riego Santa Rosa-Tlahualilo y Sacramento, y en los caminos que se construyen paralelamente a ellos. Nuevas obras habrán de emprenderse, pero mientras tanto, con la transformación que está efectuándose en las diversas actividades en la región, iremos venciendo y venceremos en un plazo razonable el desempleo. En la hora actual la preocupación fundamental de nuestro Gobierno es el campo, a cuyos problemas está dedicando su mayor empeño con el objeto de mejorar el nivel de vida de los campesinos, que constituyen más de la mitad de nuestra población, y aumentar su poder de compra, capacitándolos para absorber una parte importante de la producción de bienes y servicios. A nosotros, los laguneros, corresponde el deber de prestar la más sincera y leal colaboración secundando este esfuerzo de nuestros gobernantes para lograr tan noble fin con la seguridad de que se realizarán estos propósitos y de que habremos cumplido con la obligación de concurrir al engrandecimiento y progreso de nuestro México tan querido.

Ing. José F. Ortiz

Frases halagadoras pronunciadas en discursos por personalidades visitantes con motivo de la inauguración de la XXX Convención de Banqueros

Situada la ciudad de Torreón en una zona, que como pocas en la República, encierra las características de una verdadera región económica, como ella, ha tenido días fastos y adversos; pero de unos y otros han salido vigorosos Torreón y La Laguna. No he de repetirles hoy entrañables palabra de aliento: lo encuentran siempre, por propia naturaleza, en su reciedumbre y varonía. Lo han recibido ya, en todo caso, en los programas de apoyo efectivo que se han emprendido por orden del señor Presidente de la República.

*Lic. Antonio Ortiz Mena
Secretario de Hacienda*

El lagunero quiere entrañablemente a la tierra donde vio la luz primera e invierte en ella todo su patrimonio, porque es el hijo cariñoso que devuelve a su madre lo que ella le ha dado.

*Sr. Oscar A. Pintado B.
Presidente del Centro Bancario de Torreón*

Tenemos el privilegio de reunimos una vez más en la acogedora ciudad de Torreón que, por fortuna, parece estar convirtiéndose en sede periódica de nuestras deliberaciones. Siempre es placentero volver aquí, no sólo por las atenciones y el trato afectuoso que los laguneros nos dispensan, sino por la clara lección que de su fortaleza derivamos. Cuando en esta zona la situación económica se vuelve difícil, se evidencia la firme determinación de sus habitantes de trabajar más intensa y entusiastamente para reme-

diarla. De la dificultad no reciben los laguneros desaliento que dure, sino que de las mismas condiciones que la determinaron, toman la ocasión de una renovada actividad.

*Don Rodrigo Gómez
Director General del Banco de México*

En la hora actual, la preocupación fundamental de nuestro Gobierno es el campo, a cuyos problemas está dedicando su mayor empeño con el objeto de mejorar el nivel de vida de los campesinos, que constituyen más de la mitad de nuestra población, y aumentar su poder de compra capacitándolos para absorber una parte importante de la producción de bienes y servicios. A nosotros los laguneros, corresponde el deber de prestar la más sincera y leal colaboración secundando este esfuerzo de nuestros gobernantes para lograr tan noble fin, con la seguridad de que se realizaran estos propósitos y de que habremos cumplido con la obligación de concurrir al engrandecimiento y progreso de nuestro México tan querido.

Ing. José F. Ortiz

MIS AMIGOS LOS PINTORES



La pintura fue una gran pasión para el ingeniero Ortiz, motivo por el cual le dedicó una gran parte de su tiempo libre. En 1971 escribió *Mis amigos los pintores*, libro en que vertió sus experiencias y aprendizajes. A continuación se presentan algunos fragmentos importantes:

La pintura fue un nuevo amanecer; una nueva visión para mí, el contacto con mis amigos los pintores, pues empecé a gozar de una suave sensación espiritual que permanecía dormida dentro de mí ser y que mi convivencia con ellos logró despertar total y vivamente. Más tarde conocí el sedante descanso de la creación de un apunte, de la ilusión que despierta imaginar lo que se pretende captar, de la ansiedad de llenar de color una tablilla gris, y de la indescriptible serenidad y paz con que transcurren las horas.

A Jesús Castillo lo conocí por el año 1919, con motivo de la reconstrucción del mercado Colón, en la ciudad de Monterrey; un hermoso edificio que una compañía, de la que fui tesorero, habría de restaurar y explotar por el término de 15 años. Algunos otros como Pedro Guzmán León y Manuel Guillermo Lourdes, quienes fueron invitados a exponer sus obras en la región lagunera, y que dejaron una honda huella. Juan Bueno Díaz sabiendo de mi afición por la pintura, quiso ayudarme, y casi todas las tardes iba un rato a mi casa, para ver si yo estaba trabajando en algún apunte. Me corregía lo que consideraba que debía ser modificado, explicándome las razones por lo cual lo hacía. Casi todos los sábados, salíamos al campo a buscar algún paisaje que pintar. A Eduardo Villanueva lo conocí en casa de mis hijos Carlos y Lucía en la Ciudad de México, hicimos amistad y lo invité a que viniera a Torreón, que lo alojaría

en mí casa, le proporcionaría automóvil y chofer. Así lo hizo y pasó una temporada pintando infinidad de cuadros con paisajes de la región como La Posta, La Goma, El Cañón de Fernández, El Sarnoso, etc.

La vida de los artistas, en general, es difícil. Sólo el genio o las influencias poderosas les proporcionan los medios para conseguir prosperidad o la fortuna, pero como recompensa, encuentran la felicidad, en la propia ejecución de sus obras.

Salvador Tarazona fue un extraordinario pintor que dejó un gran recuerdo en la familia del Ing. Ortiz, y en especial, en la Comarca Lagunera a través de los murales que plasmó en los interiores del Teatro Isauro Martínez.

Del mismo volumen se transcribe el capítulo más significativo, el que dedicó a Tarazona:

Salvador Tarazona

En la época en la que brilló la zarzuela, allá en los comienzos de este siglo, vivieron en la Ciudad de México dos grandes artistas, decoradores y pintores: los hermanos Tarazona. Eran de origen valenciano: hombres de gran imaginación y de fecundos recursos en su arte.

Se dedicaron principalmente a crear decoraciones para la representación de las zarzuelas, tan en boga en aquellos años.

Sus obras eran premiadas con estruendosos aplausos, siendo muy apreciadas por el público asistente. Umbrosos bosques, ríos, ruidosas cascadas, cantarinas fuentes, regios palacios e infinidad de paisajes eran representados en aquellas escenografías. En repetidas veces, cuando había sido preparada alguna especial, al levantarse el telón, el público admiraba su hermosura, aplaudía

y gritaba a rabiar, llamando a escena a los señores Tarazona para tributarles la ovación y el afecto que tanto se merecían.

Estudiaba yo entonces en la Ciudad de México y fui testigo de la cordial acogida que se dispensaba a estos artistas, pues solía asistir con alguna frecuencia al teatro para gozar de la gracia y amenidad de aquellas zarzuelas del género chico.

Pasaron varios años y no volví a saber nada de los hermanos Tarazona, hasta que, en 1928, durante la construcción del Teatro Isauro Martínez, supe que Salvador había sido contratado para decorar.

Mi buen amigo, el Sr. Don Isauro Martínez, me habló con mucho entusiasmo de los trabajos que el artista valenciano estaba desarrollando para hermoear el vasto local destinado al espectáculo. Entonces fue cuando lo conocí personalmente, produciéndome la mejor de las impresiones.

Repetí mis visitas al teatro, encontrando siempre al pintor dedicado a infinidad de actividades; ya modelando en barro para vaciar los moldes que deberían utilizarse para obtener los innumerables arabescos en yeso, ya dirigiendo a sus ayudantes pintores, o bien, pintando al temple sus concepciones en aquellos espacios mejor localizados para que el público pudiera admirarlos. Así comenzamos a entablar una cordial amistad, viéndonos casi a diario para platicar y hacer proyectos.

Le pedí que me pintara unos cuadros; uno de ellos debería representar un promontorio, sobre el que se estrellaran las olas del mar, de azul profundo alrededor del cual volaran algunas gaviotas. También le rogué escoger motivos locales para dos cuadros más, y así lo hizo. Uno de ellos, el cerro de la Cruz, poblado de humildes casitas. El otro fue la sombra del puente del ferrocarril sobre el río Nazas, con el cerro de las Calabazas al fondo. Conservé estas pinturas por varios años y después se las regalé

a mis hijas. Ya para entonces nuestra amistad se había hecho más íntima; tanto, que casi diariamente Don Salvador comía o cenaba en mi casa, y algunas veces, hasta se dedicaba a cocinar, pues como buen valenciano, era especialista en la paella y en la preparación de toda clase de pescados y mariscos.

Cierto día recibimos unos muebles, para el comedor, estilo renacimiento italiano que mi señora y yo habíamos comprado en México. Le gustaron mucho a Don Salvador, pero encontró tan poco adecuado el cuarto destinado para colocarlos que inmediatamente puso manos a la obra para decorarlo, pintándolo al temple. Dividió en espacios las paredes y las pintó en un tono gris verde claro, limitándolas por cornisas de colores más oscuros, y el friso con unos angelitos sosteniendo guirnalda de flores. Él personalmente hizo todo; no admitió que le consiguiera ayudantes.

El trabajo resultó muy agradable y de acuerdo con el mobiliario. Como siempre, me daba lástima y tristeza ver a aquel gran artista en los trabajos de un común obrero pintor.

Hablábamos de sus proyectos y preocupaciones. Aún recuerdo el interés que tuvimos en planear la pintura del interior de la pequeña cúpula del Teatro Martínez, que, al final, resolvimos que consistiera en plasmar las diversas actitudes de un ser humano: el Heroísmo, la Caridad, el Amor, la Muerte, etc., etc., que él hizo tangibles y que aún pueden admirarse en las alturas del teatro.

Frecuentemente salíamos al campo en compañía de mi familia y amigos, y Don Salvador se dedicaba, además de pintar algún paisaje, a preparar la exquisita paella, de la que disfrutábamos encantados, gozando, asimismo, de las bellezas naturales del lugar. En alguna ocasión, Tarazona nos repartió varios cartones preparados para pintar al óleo; entre otros, a Don Luis Reyes

Spíndola, a Don Antonio Cárdenas, y a mí, proporcionándonos también pinceles y colores dispuestos en pedazos de vidrio, a falta de paletas.

A la vez que él pintaba, no desatendía el trabajo de nosotros y continuamente nos decía lo que deberíamos hacer para corregirnos en el colorido o en los trazos. Naturalmente estos esfuerzos nada o poco valían, pues nuestras pinturas resultaban defectuosas y carentes de mérito, pero él disfrutaba al verlas, haciéndonos descubrir la belleza del árbol que estábamos tratando de pintar; de los variados matices de sus hojas, y de los prodigiosos cambios de colorido, proyectados por la luz. Así, con sus sabias enseñanzas, aprendimos a darnos cuenta de las maravillas con que, en variadas formas y colores, pinta la luz a los objetos sobre los que se proyecta y cómo aparecen las sombras en las zonas donde ésta no llega.

De estas excursiones campestres plenas de camaradería, y de los intentos por pintar algo que Tarazona me indicaba, nació mi honda afición por tan difícil arte; y fue entonces cuando comenzamos a salir, los dos solos, por las tardes o madrugadas a tomar algún apunte del río, de los árboles, o de las montañas, y así comencé a apreciar, en toda su valía, lo que significaba el esplendor de un crepúsculo o el colorido sin par con el que el sol naciente tiñe de colores, rosáceos o amarillentos, el paisaje que ilumina.

La obra del Teatro Martínez estaba por concluirse y, al terminarse, se inauguró el día 7 de marzo de 1930, poniéndose en escena la divertida comedia *¿Quién te quiere a ti?*, que fue un rotundo éxito. Fue así como Torreón contó, desde entonces, con un local hermoso para representaciones teatrales y cine. A mí me tocó la suerte de conocer todo el valor espiritual de aquel humilde y sencillo artesano; un hombre bueno como el pan;

sincero y cariñoso; con el alma sensitiva y creadora del artista; susceptible a todas las impresiones estéticas, sin más ambición, en su activísima vida, que el captar, en sus cuadros, las bellezas que prodiga la naturaleza. Pintaba sin cesar, de día y de noche. Admiraba la luz del sol y también los efectos de la luz artificial. Desde mi más tierna infancia, mi idolatrada madre, que en gloria esté, me inculcó un profundo amor por la fecha en que, año con año, celebran la Iglesia y el mundo entero la venida del Niño Jesús; días de alegría, de contento, y de felicidad en los que en todos los hogares se hacen los preparativos para la celebración de fiestas, compra de regalos, posadas, adorno del tradicional pino, instalación del nacimiento, etc., y como culminación, la cena de Noche Buena.

Mi biografiado pintor se contagió con el espíritu navideño, y como siempre, entusiasmado, nos ofreció preparar un Nacimiento. De inmediato se puso a trabajar. Hizo una caja de triplay de dos metros de largo, 80 centímetros de ancho y un metro de altura.

Para el fondo, pintó una decoración representando una noche en Belén; los áridos lomeríos y el caserío del pueblo, proyectándose el portal en donde vio la luz primera El Salvador.

Ante el portal colocó las figuras de terracota de San José, de la Virgen, del Niño, y de los Reyes Magos, así como también el buey y la mulita, y dando movimiento a un terreno quebrado, los pastorcillos conduciendo sus ovejas y un sin fin de figuritas manteniendo la proporción para darle a la obra perspectiva.

Todos los gastos que esto originó fueron hechos de su propio peculio y en tan buena disposición, que no aceptó ni tan siquiera recibir nuestro agradecimiento.

Su amor por su arte lo volvía infatigable.

En una excursión que hicimos juntos a la ciudad de Monte-

rrey en 1931, que tuvo de duración dieciocho días, Tarazona pintó 36 apuntes de diversos paisajes de los alrededores; uno por la mañana y otro por la tarde, pero hasta en las noches seguía trabajando; y así logró un retrato de mi madre, otro de Virginia, mi hermana, y unos bocetos al pastel de mis hijas Magdalena y Lucía. Esto da una cabal idea de su actividad sin descanso, si se toma en cuenta que nos levantábamos a las cinco de la mañana para salir al campo, y aún eran las once de la noche y Tarazona no se resolvía a dejar los pinceles. De regreso a Torreón, después de nuestra activa estancia en Monterrey, Don Ángel Urraza encargó a Don Salvador pintar una serie de tipos regionales hispanos, con los que deseaba se decorara el salón comedor del Casino Español. En su propia casa, en el patio, se dio Tarazona a la tarea, con euforia, para hacer los cuadros solicitados, pintando, además de todos los tipos ibéricos, una indita mexicana en una canoa llena de flores, en los canales de Xochimilco.

Durante su estancia entre nosotros, pintaba continuamente paisajes laguneros y de otros puntos inmediatos a la región, que exponía en el Casino de La Laguna y que vendía fácilmente. Eran pequeños cartones de 50x35 cm que elaboraba en tres o cuatro horas y que después realizaba en sus exposiciones al precio de 50 o 60 pesos cada uno.

Era muy aficionado a los juegos de azar. Le encantaban la ruleta, las cartas y muchos otros; así es que lo que lograba obtener de su trabajo y de la venta de sus cuadros, lo perdía y siempre andaba apurado para salir adelante en lo económico.

Consciente yo de esta debilidad de mi querido amigo, le aconsejé que dejara en mi poder parte del dinero que ganaba para depositárselo en el banco con el fin de que no se viera en continuos aprietos. Así se hizo y llegué a reunirle una suma de alrededor de 30,000 pesos.

Don Salvador tenía la ilusión de hacer un viaje a Los Ángeles, California, a donde estaban llegando artistas españoles en una época en que las empresas cinematográficas de aquella ciudad decidieron filmar películas en castellano. Eran tan grandes los anhelos de este genial pintor de poder conseguir un triunfo en Hollywood, que resolvió hacer el viaje, y para el efecto compró un automóvil usado, invitando a Jesús Montalbán como acompañante.

Partió a dicha aventura lleno de entusiasmo, llevando consigo sus colores e infinidad de tablas para captar algunos apuntes durante el camino, que luego expondría, al término de su viaje, en aquella metrópolis.

Llegó allá con toda felicidad y, en unión de sus amigos artistas, dilapidó no sólo los pocos dineros que llevaba, sino los que pudo conseguir allá.

Desilusionado y lleno de amargura, hizo su triste regreso a Torreón, con un bagaje de pequeños cuadros que aquí vendió. Teniendo la idea de un grupo de amigos, directivos del Casino de La Laguna, de hacer una fiesta importante para sus socios, se ofreció Tarazona para decorar uno de los salones y tras de aceptar su ofrecimiento, empezó su trabajo hasta dejarlo concluido. Creo que aún recuerdan los viejos laguneros aquel hermoso salón azul que tanto llamó la atención y que fue su obra.

También decoró la cantina, del mismo centro, convirtiéndola en una pérgola que dejaba ver a los cuatro rumbos cardinales las vistas de los edificios y caseríos.

Cuando Torreón celebraba sus Bodas de Plata, en septiembre de 1932, un grupo de españoles lo comisionó para ornamentar un carro alegórico que usaría en un desfile, y ahí, en su casa, inició la obra, contratando a un buen número de obreras que dedicó a confeccionar flores de papel que servirían de adorno.

En él aparecía, como reina, Carmelita Pámanes sentada en un trono colocado en una gran concha, queriendo significar con ello que era la Perla de La Laguna. Cuatro guapas señoritas en las esquinas del carruaje, vestidas con trajes regionales, complementaban la alegoría.

Una aventura amorosa de este singular artista lo hizo cambiar el rumbo de su vida y de su estancia aquí. Se prendó de una de las jóvenes trabajadoras antes mencionadas y decidió dejar la ciudad; pero antes de partir quiso dejarnos, como recuerdo, a mi esposa y a mí, nuestros retratos, que intentó pintar durante varios días, pero que no lograron satisfacerlo, fracasando al grado de pretender romperlos. Lo contemplé, desde la ventana del tercer piso del departamento que ocupábamos en el edificio del Banco de La Laguna, caminar abatido y triste rumbo a su hogar.

Después se fue a Cuernavaca, en donde compró una casita, y allí vivió algunos años en compañía de la chica que se había llevado de Torreón. Lo visité en dicho lugar y seguía, más o menos, su misma vida de antaño, pintando continuamente hermosos paisajes de los alrededores, que después exponía para su venta en el Casino de la Selva.

El producto que obtenía de la realización de sus cuadros lo dedicaba en mínima parte para satisfacer las necesidades urgentes de la vida, y el resto lo dilapidaba en las ruletas del propio casino.

Tenía gran éxito en la venta de sus cuadros, pues había una gran afluencia de turistas americanos que se los pagaban muy bien.

Cansado de vivir en Cuernavaca, resolvió radicar en Acapulco, a donde llegó, ya sin su mujer, que lo había abandonado.

Compró una pequeña casita y volvió a reanudar su vida, pintando incansablemente para lograr sostenerse.

Allí renovó su amistad con Don Santiago Galas, un gran empresario que encomendaba a Tarazona pinturas para la impresión de calendarios, famosos en toda la república, y que lo ayudaba con frecuencia en sus necesidades. Tuve un problema por aquel tiempo, con mi dentadura, y decidí ir a México para que me atendiera mi yerno, el Dr. Carlos Woodworth. Como el tratamiento no era diario, sino cada cuatro o cinco días, resolví instalarme en Cuautla y de ahí viajar a México para asistir a las citas.

Le escribí a Tarazona diciéndole dónde me encontraba y me sorprendió que, de inmediato, fuera a acompañarme para permanecer a mi lado unos días. Juntos salíamos a pasear por los alrededores y, como siempre, a pintar algún paisaje. Fue una visita feliz que nos alegró mucho, tanto a mi esposa como a mí.

Volvió él a Acapulco, y estando yo de regreso en Torreón, recibí un autorretrato, con una emotiva dedicatoria, que me conmovió profundamente:

“A mis dos mejores amistades en mi vida: El sol y el Ing. Ortiz”, y como fecha, octubre 18 de 1948.

Intimó Tarazona con el Sr. Gobernador del Estado de Guerrero. Este mandatario le encomendó varios trabajos de pinturas mexicanas en algunos edificios.

Tenía Salvador verdadera locura por hacer un diorama de los más importantes eventos de nuestra revolución, pero no logró convencer al gobernador por el elevado costo que aquel implicaba.

Eran tan ardientes sus deseos por plasmar esa obra, que me escribió, pidiéndome me dirigiera a esa autoridad y le describiera la hermosura de los que me habían tocado ver en Suiza, en

Holanda, y el más bello de todos, en Waterloo: una descripción histórica de la cruel derrota del Emperador Napoleón I, que originó su destierro a la isla de Santa Elena, en donde halló su muerte.

Al anuncio de que el Presidente Alemán visitaría La Laguna, todas las fuerzas vivas se dedicaron a hacer los preparativos para recibirlo dignamente; y el Centro Bancario de Torreón acordó levantar un arco triunfal decorado con un motivo lagunero. Se pensó que nadie como Tarazona podría encargarse de ello, y al llamado que le hice, pues se encontraba en México, aceptó gustoso venir a erigirlo. Se hospedó en mi casa y preparó el proyecto.

Luego de aceptado, comenzó su construcción en el cruce de las calles Juárez y Rodríguez. Cierta día que pasé por ese lugar, lo encontré a la altura de ocho o diez metros, ayudando a los carpinteros en la construcción de la obra. Me dio verdadera tristeza ver a ese pobre hombre, ya cercano a los 80 años, en tan peligrosa maniobra. Por la noche, en mi casa, con toda diplomacia y mesura, le pedí que dejara a los elementos jóvenes a su cargo esos trabajos que yo consideraba muy peligrosos para él. Tarazona no interpretó lo dicho por mí en la forma fraternal en que consideré habérselo expuesto y le dio tal sentimiento y dolor, que apenas pudo retener las lágrimas. Esa noche no quiso cenar; se encerró en su cuarto, y al día siguiente mi señora lo encontró empacando sus cosas para regresar a la Ciudad de México. Tanto María como yo tuvimos que insistir en que no había razón para que tomara aquella violenta decisión. Le expliqué con todo cariño cuál había sido mi intención al pedirle que no se expusiera a peligros en su trabajo y por fin, tras muchos esfuerzos, logramos que aceptara seguir trabajando. Era tan susceptible y de una sensibilidad tan aguda, que la menor contrariedad lo

hería profundamente. El arco fue admirado por los habitantes de la ciudad, recibiendo como siempre Don Salvador, múltiples felicitaciones.

Regresó después a Acapulco, y allá lo visitamos mi señora y yo, pasando a su lado días muy felices en su compañía.

Yo pintando algunos apuntes y luego juntos disfrutando de su amena charla y de nuestra cariñosa amistad.

Se le comisionó para decorar el lobby del Hotel Ancira. Pintó un hermoso cuadro que ocupaba uno de los muros más visibles del hotel y que representaba la fundación de la ciudad de Monterrey. Este cuadro era de grandes dimensiones y estuvo colocado allí por largo tiempo.

Vi, por última vez, a Tarazona en México. Lo hallé muy entusiasmado con los ofrecimientos que le había hecho Don Santiago Galas para que se trasladara a Caracas, Venezuela, en donde tenía una gran empresa; y ante sus planes y sus insinuaciones, aceptó hacer el viaje.

En Venezuela se dedicó a trabajar sin descanso en la hechura de un gran cuadro que representaba a Simón Bolívar entrando victorioso a Caracas, y pintando después, en un convento, en donde estuvo algún tiempo, diversos asuntos religiosos al fresco, sobre los muros del edificio.

Hizo numerosos apuntes sobre la cerámica de los nativos, y como siempre, continuó impresionando en pequeñas tablas los paisajes que más lo entusiasmaban.

Me escribía de cuando en cuando. A veces muy contento y otras apesadumbrado y triste, principalmente por su enfermedad. Le fallaba ya mucho la vista y me contaba que estaba pintando con lupa.

En una ocasión vino a verme la Sra. Julieta García de Soria, que ha sido tan afecta a viajar, y me platicó que cierta vez, al

estar tomando un café en un hotel de la ciudad de Caracas, oyó hablar de Torreón a dos señores que estaban sentados cerca de la barra, y que, al acercarse a ellos, se encontró con que uno era Tarazona y el otro un empleado de la Casa Galas. El gusto que le dio a Salvador encontrarse a alguien de Torreón fue indecible, enviándome cariñosos recuerdos con esta señora, que, tan gentilmente, me informó sobre ese casual encuentro.

Pasaron algunos años más, no sé cuántos serían, y un día, por aviso que me dio una persona de Casa Galas, me enteré con gran dolor de que mi gran entrañable amigo había fallecido. Debe haber abandonado su existencia a una edad mayor de 90 años. El Todopoderoso tenga piedad de su alma.

La herencia que me legó este gran amigo no puede valorizarse, porque siendo espiritual no está sujeta a las cotizaciones del mundo en que vivimos. Él me enseñó a ver la vida bajo un aspecto desconocido para mí. Me inclinó hacia una afición estética que aún perdura y que hoy, a mi avanzada edad de 85 años, sigo cultivando con ahínco.

Creo que toda persona que tenga que resolver duros problemas, encontraría, en la pintura, la panacea para olvidar sus preocupaciones y encontrar la paz.

Nada importa que al comienzo todo resulte mal, que lo que uno trate de hacer no le satisfaga. Lo que sí se logra es una concentración positiva, profunda, que absorbe totalmente. El objeto primordial es conseguir este estado de ánimo tranquilizante, pues pintar bien o mal no es en realidad lo que se busca.

Por mucha de la paz y serenidad que hoy llenan mi alma: gracias Salvador Tarazona, gran artista y gran amigo.

Para ellos, los pintores, el mañana, que a nosotros tanto nos preocupa, es asunto sin importancia. Gozan de la opulencia cuando y si les llega, y pintan en los períodos de miseria para consolarse.

Yo, hombre práctico, me considero dichoso por la fortuna de haber cultivado su amistad y su cariño; porque me enseñaron a ver el mundo bajo otro prisma distinto: más humano y más espiritual; por haberme inoculado con el virus de la pintura, no solamente para admirarla, sino para practicarla, así sea modestamente.

Por los deliciosos momentos que he pasado pintando; por la serenidad y paz conseguida en esa tarea; por el cambio surgido en mí ser, haciéndome comprender la grandeza y majestad del Creador: por todo ello, expreso mi eterna gratitud, a mis amigos Los Pintores.

ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES



Discurso del Ing. Ortiz a los socios de la Cía. Vinícola del Vergel con motivo de la entrega del Premio al Mérito Lagunero

Primera entrega del premio

Queridos amigos:

Realmente no encuentro palabras con las cuales poder expresar mi gratitud a los señores que llevan la dirección de esta importante empresa, la Cía. Vinícola del Vergel, y a todos ustedes aquí presentes, que bondadosamente aceptaron la invitación para concurrir al homenaje que hoy se me brinda y que yo recibo con agrado, no tanto como reconocimiento a mis modestos méritos, sino como debida pleitesía a los ejemplares hombres que han dedicado su vida con tanta pasión y con tanto amor al engrandecimiento de la ahora próspera y feliz región lagunera.

Sucintamente voy a tratar de arrancar a mi memoria lo que recuerdo de los años idos que me ha tocado vivir entre ustedes desde la época en que se me invitó para venirme a hacer cargo de la dirección del Banco de La Laguna. Fue en Monterrey, mi ciudad natal, en donde reside dicha invitación, y debo confesar que no obstante mis deseos de aventura y mis anhelos de mejoramiento, sentí en lo profundo de mi ser angustiosas inquietudes por desconocer cómo podría ser recibida mi presencia en Torreón, aparte de lo que en forma profunda me dolería el tener que abandonar familiares y amistades muy queridos, y la lógica intranquilidad, por otra parte, de tener que trasladar a mi señora y a mis seis hijas a una ciudad villa de un ambiente nuevo

exponiéndolas a una situación llena de incógnitas. Con esos temores, y con esos sentimientos cargados de dudas, llegué a esta bella y generosa región y debo decir sinceramente que desde el día en que llegamos, tanto mi familia como yo fuimos recibidos con el calor tradicional de la reconocida hospitalidad de las gentes de estas tierras, encontrando en el ambiente social un campo propio para que mi familia disfrutara desde el primer momento de relaciones afectuosas que pronto le hicieron sentirse como en su propia casa.

Los negocios agrícolas en aquella época, hace 41 años, estaban concentrados en pocas manos. Se manejaban enormes extensiones de tierra y los años transcurrían entre épocas de bonanza que provocaban la alegría y el despilfarro y otras de tan duras crisis, que si no hubiera sido por la acrisolada fe de los laguneros en las prometedoras recompensas de sus feroces tierras, hubieran desistido de seguir luchando en contra de las calamidades atmosféricas y de los inestables precios del algodón, casi la única planta que aquí se cultivaba; y así, a través de tiempos de fortuna y otros de miseria, fue conociéndose y encontrándose la verdadera riqueza escondida en estas sedientas tierras, que tanto agradecen el beso cariñoso del agua que las fertiliza.

En el año de 1936 llegó el cataclismo, el reparto de las tierras, que para cumplir con los postulados de la revolución y del código agrario dejó tristes pero resignados a los antiguos propietarios, que, conformes con su suerte, se dedicaron a planear la iniciación de sus nuevas labores. Los campesinos aceptaron el usufructo de las tierras como una esperanza de mejoramiento e independencia, disponiéndose a trabajar el campo dirigidos y ayudados por las autoridades ejidales. Es justo dejar consignado aquí que no obstante que la reforma agraria cambió en forma profunda las bases tradicionales en las que se sentaban la

tenencia y la explotación de las tierras, no hubo en La Laguna violencia ni rencores a pesar de que la drástica medida cambió de manera medular las formas de vida en la comarca.

La reacción positiva de los pequeños propietarios se hizo sentir de inmediato. Numerosos pozos empezaron a profundizarse en tierras desérticas abriéndolas al cultivo para seguir luchando en los trabajos agrícolas, únicos a los que su afición y conocimiento los inclinaban. Los ejidatarios por su parte también se dedicaron con tesón al trabajo de sus tierras y con los frutos obtenidos contribuyeron anualmente al mejoramiento de la economía de la región. Sin embargo, algún tiempo después nuevas crisis sacudieron terriblemente a todas las negociaciones de La Laguna. La agricultura sufrió un colapso grave que no pagaba siquiera los gastos erogados en los cultivos, y consecuentemente la industria, el comercio, la banca y las actividades en general vieron con gran desconsuelo que sus esfuerzos eran totalmente infructuosos y estériles.

La fe y la esperanza, esas virtudes básicas inconmovibles de los hombres de estas tierras, los impulsaron a buscar nuevos caminos y a abrir nuevas brechas. Diversificaron sus cultivos, fincaron negocios agropecuarios y magníficas plantas avícolas, y desarrollaron considerablemente el cultivo de la viña y de las pasturas. Establecieron nuevas industrias. El Banco de La Laguna se fusionó con el Banco Comercial Mexicano para aumentar sus recursos y así poder atender a la nueva economía que se creaba rápidamente en la zona. Todos estos cambios lograron ahuyentar de las mentes de nuestros hombres de empresa la sombra negativa del pesimismo y así volvieron a obtener la recompensa a sus esfuerzos y a su visión y no sólo aquellas bonanzas que hicieron de esta región una tierra de fábula, sí una vida más estable, más serena y humanamente mejor para todos sus moradores.

Para la mayoría de ustedes, gente joven, que no conocieron la época que acabo de describir, hoy se presenta ante vuestros ojos, una Comarca Lagunera completamente distinta a lo que fue hace algunas décadas, puesto que en la actualidad cuenta con una técnica moderna y más adecuada en el cultivo de las tierras, una industria que aumenta diariamente y que promete trabajo y seguridad económica para miles de obreros, un comercio que se extiende hasta campos internacionales, una banca con recursos mayores y con gentes mejor preparadas para resolver los problemas que se les presentan, ciudades modernas orgullo de México con magníficas escuelas y establecimientos de cultura superior para la atención de las necesidades educativas de la población, buenos hospitales y clínicas para remediar los dolores humanos, una estabilidad política y gobernantes idóneos y progresistas.

¿Qué más podemos desear? Dedicemos pues, nuestro tiempo, mientras la vida nos lo permita, a seguir el ejemplo de aquellos hombres de férrea voluntad y de clara visión, que al cumplir su destino nos dejaron como herencia esta nueva y pródiga Laguna.

Ahora quisiera decir a ustedes que quien tiene permanencia de 41 años en estas latitudes ha sido sumamente feliz. He recibido muchas satisfacciones y atenciones que nunca pensé merecer. Dicen que el que no da, nada recibe, pero seguramente yo he sido un hombre afortunado, porque los pocos servicios que he podido prestar me han sido recompensados con creces.

Junto con la adorable compañera de mi vida, he formado una numerosa familia, que es nuestro mayor orgullo.

Yo siento que quienes aquí vivimos tenemos una deuda con los próceres que a golpe de marro forjaron nuestra Comarca, y de ello que mi admiración por los hombres que hicieron posible la conquista del desierto haya sido mi guía. Por eso, cuando inicié

el fraccionamiento “Los Ángeles”, tuve la intención de hacer justicia a aquellos pioneros haciendo que las calles tuvieran sus nombres, idea que fue aprobada por las autoridades de aquella época.

Después, al iniciarse los trabajos de la urbanización de “Las Rosas”, no pudimos conseguir la autorización para continuar lo hecho en el fraccionamiento anterior. Por último, en la “Ampliación Los Ángeles” volví a insistir sobre dicho punto y hoy pueden verse, en las calles y avenidas de esa colonia, los nombres de un buen número de fundadores de La Laguna y de quienes continuaron su labor. Sólo pensé en aceptar los nombres de personas ya fallecidas dado el reducido número de las arterias de las colonias y el hecho de que viven aún hombres que merecen esa honra como los ya aceptados.

Dejo a las autoridades y a los nuevos urbanizadores el seguir esta política en lo que hace a nomenclaturas para que las futuras generaciones sepan a quiénes debemos la prosperidad y bienestar de que todos gozamos.

Sería imperdonable omisión de mi parte si no dedicara unas cuantas frases a quienes fundaron la Compañía Vinícola del Vergel.

Emocionado recuerdo todavía, a pesar de tantos años de mi irremediable ausencia, a mi fraternal amigo Don Pepe de la Mora, modelo ejemplar de lagunero, que tanto me ayudó en mi llegada a Torreón, para hacer menos difícil el comienzo de mi vida aquí, ofreciéndonos a mi familia y a mí la casa habitación de su querida madre para alojarnos mientras conseguíamos la nuestra.

Después de ese rasgo generoso, una acendrada amistad, la más íntima y sincera nos unió hasta el momento de su accidentada y deplorable muerte. Fue Don Pepe un hombre de gran visión,

lleno de inquietudes y de proyectos que siempre supo realizar y culminar. Destacó en el comercio, la agricultura y la industria, dándose la satisfacción de que muchas de sus realizaciones fueran de envergadura nacional, y en el terreno afectivo supo hacer florecer muchas y muy sólidas amistades.

Don Luis J. Garza, ya desaparecido también, fue todo un gran señor. Hombre hecho al trabajo recio, con una devoción y un cariño hacia las grandes empresas agrícolas que desarrolló, y a quien tocó la abrumadora tarea de hacerse cargo de la administración de las vastas empresas que la compañía tenía en la capital, a la muerte de Don Pepe; y vaya mi elogio también a Don Tomás Villarreal, que como Don Luis, fue socio de Don Pepe y lo secundó en todos sus proyectos con su indomable esfuerzo y admirable resolución.

Al frente de esta gran empresa queda el Presidente de la compañía, Don Santiago A. Garza, hijo de Don Luis, y como consejeros los señores Ramón F. Ávila, J. Aureliano Gallegos, Gabriel Ceniceros, Ing. Salvador Valencia Jr., Jesús Ávila e Ing. Fernando Menéndez, que actúa como gerente general, y quienes con el empuje y los bríos de su juventud la han engrandecido y colocado en primera línea entre los negocios vinícolas del país.

Para terminar, permítaseme reiterar mis gracias más sinceras y cumplidas a los señores Directores de la Cía. Vinícola del Vergel por el honor que se han servido conferirme, felicitándolos cordialmente por su determinación de otorgar año con año el "PREMIO AL MÉRITO LAGUNERO" a quien se haga acreedor a él, deseándoles además prosperidad y progreso en los negocios, tanto a ellos como a todos sus colaboradores; y que el ejemplo que dieron con su tesón y su trabajo los fundadores de la empresa que ustedes regentean, sea acicate y motivo de emulación, no sólo para ustedes, sino para todos los habitantes

de esta tierra a fin de que la comarca siga siendo por la pujanza, por la nobleza y por la visión de sus moradores una Laguna más grande y más acogedora. Muchas gracias.

Ing. José F. Ortiz
Septiembre 7 de 1968

Reconocimientos

Palabras del Sr. Don Manuel L. Barragán, Presidente del Consejo de Administración del Banco Comercial Mexicano de Monterrey, S.A.

Como era de esperarse, el Ing. Ortiz puso muy en alto el prestigio y los pendones regiomontanos, a tal grado que en época memorable fue objeto de un homenaje masivo por parte de las fuerzas vivas laguneras con merecido premio a su carácter, a su talento y a su esfuerzo. Con tal motivo, el fraternal amigo, el maestro de periodistas, Federico Gómez, hombre admirable por su integridad y por su rectitud, dirigió al Ing. Ortiz una redactada con su inconfundible galanura y elegancia que Federico acostumbraba emplear en todos sus escritos, tanto periodísticos como literarios.

Carta fechada el 4 de agosto de 1952

Mi muy querido José:

Le pongo estas líneas en ratificación de nuestra conversación telefónica el viernes pasado. No se imagina cuanto sentí el no haber podido echar la carrera y darle el abrazo que le debo y reservo para cuando venga a Monterrey. Me ha dado muchísimo gusto este acto de reconocimiento de sus virtudes de hombre y de constructor, con la natural envidia para los Torreonenses que nos lo robaron y ahora sí que para siempre, porque pensando con un poco de celo se advierte que todo lo suyo allá debió haberse desarrollado aquí en Monterrey, en donde hace falta gente de su temple y sus virtudes de filántropo al servicio de la

comunidad. No obstante, me consuela pensar que el homenaje del sábado para usted fue en cierto modo un homenaje a Monterrey y este sí que no pudieron evitarlo los Torreonenses, que aunque hombres de buena conciencia, creo que tampoco pensaron nunca en evitar que los reflejos de su fiesta fueran fiesta para los regiomontanos.

*Don Federico Gómez
Director del periódico El Porvenir*

La Filomena

Para 1926 ya existía una pieza musical llamada La Filomena. El Ing. Ortiz, que venía con la delegación regiomontana, escribió una letra para esta pieza con motivo de la Convención Rotaria que se realizó en marzo de ese año en la ciudad de Torreón. Debido a lo pegajoso de las estrofas que comenzaban con “Torreón, Torreón...”, el Ing. Ortiz cambió y adecuó la letra, misma que se convirtió en un himno para nuestra ciudad. A continuación se presentan las estrofas que el Ing. Ortiz escribió para La Filomena:

Torreón, Torreón, todos contentos
hemos venido de Monterrey a tu
convención.

Torreón, Torreón, te saludamos
y te deseamos que este año venga
con mucho algodón.

La Laguna tenga dinero, La
Laguna tenga algodón, y con eso
los laguneros pasan la vida en un
gran vacilón.

Torreón, Torreón...

EL ÚLTIMO VIAJE



Vencido más por los años que por la enfermedad, el 17 de mayo de 1977 a las 15:30 horas, murió el Ing. José F. Ortiz a la edad de 91 años, rodeado de su esposa doña María Sada Paz de Ortiz y de todos sus hijos, nietos, bisnietos y demás familiares y amigos.

A propósito de su fallecimiento escribieron:

Llegó cuando finalizaba la etapa de las audacias desordenadas, cuando desmontada en su totalidad, o casi, la Comarca ofrecía, año por año, sus roturadas entrañas al ejercicio de una agricultura primitiva todavía en muchos aspectos como esperanza única del progreso regional. Apuntaba la época en la que, como inmediata necesidad, era preciso organizar, administrar, hacer ver la necesidad de diversificar, y a todo ello se entregó con fervor de visionario. Dotado de la simpatía, el carisma, la baraka de los guías, de los verdaderos líderes, usó de ella para promover o apoyar toda acción beneficiosa para el futuro lagunero.

Para advertir de golpe lo valioso de sus aportaciones en el desarrollo comarcano, habría que pensar en lo que hubiese ocurrido si ambos destinos, el de la Comarca y el del hombre no hubiesen coincidido. Sus obras, comentadas ayer ampliamente por los diarios, atestiguadas en corrillo por sus amigos, ¿hubiesen sucedido? Algo hubiera sido diferente y menor sin su entusiasmo, sin su simpatía, sin su carisma y baraka que agruparon a su alrededor a nuestros mejores hombres. Blasco Ibáñez apuntaba en alguna de sus novelas, acaso en los Cuatro Jinetes, que la patria no es el lugar en que se nace sino aquel sitio en que el hombre deja huella clara de lo mejor de sí. Torreón y la Comarca Lagunera en general, pueden conside-

rar como su hijo al Ingeniero José F. Ortiz quien dedicó su vida a enaltecerla. La Laguna está en deuda con él.

Nota publicada en La Opinión

Fresnos, Jacarandas, Pinabetes, Robles... Árboles que han sombreado la Tierra Lagunera, que han cobijado al agricultor, al comerciante, al empleado y al esfuerzo mismo, distintivo de Hombre de La Laguna. Uno de ellos, un Roble, se ha recostado en el surco de la vida... No se rompe, solo deja lugar a sus retoños y él descansa. Descansa para recibir en la eternidad el fruto de una vida útil y edificante. Promotor incansable, entre el caballeroso ademán de su mano con el característico puro, el aliento hacía que emprendía nuevas rutas, nunca se negó... Lo que fuera desarrollo económico, cultural, social recibía su impulso y muchas veces su sostén...

Nuestro contacto con él como miembros del Club Activo 20-30, fue siempre benéfico... En el desarrollo teatral de nuestra comarca y en la construcción del Teatro Mayrán, estuvo a nuestro lado... En la creación de Cooperativas de Ahorro y Crédito para beneficio de toda clase social, estuvo presente y ante las grandes obras sociales de nuestra Iglesia en la Comarca Lagunera se desprendió intelectual, moral y económicamente en su impulso.

Para el Lagunero es tan penosa su partida, como feliz fue su comunicación con él... Quedan múltiples obras que le recuerdan en el Deporte, en la vivienda, en las Artes y en el Progreso... Su imagen bondadosa y alegre, plasmada en el Hotel Río Nazas... Sus hijos y descendientes (en eso también fue pródigo para con La Laguna dejando tras de sí familias de sembradores), quedan entre nosotros para enaltecer su noble cuna y en los labios de todo Lagunero, la sencillez de un sentimiento para toda la vida: INGENIERO ORTIZ... ¡GRACIAS!

Francisco Fernández Torres

GALERÍA FOTOGRÁFICA

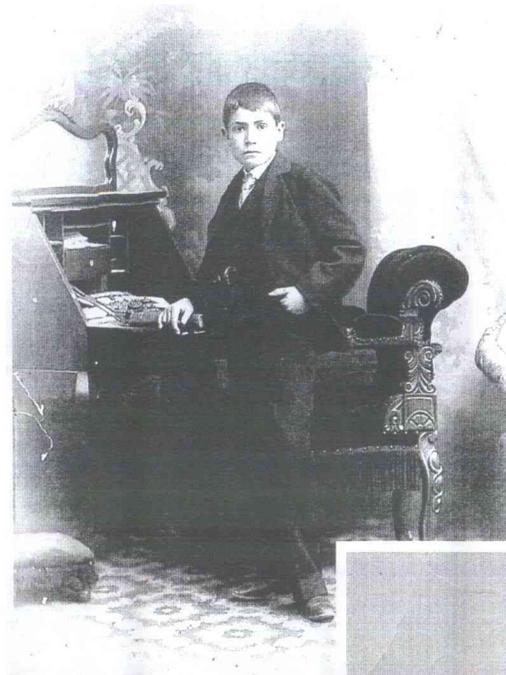




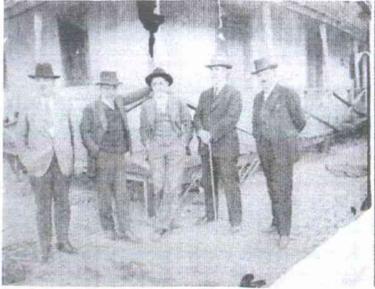
Doña Damiana Escamilla Flores



Doña Damiana y su hija Virginia



Un recuerdo a mi querida mamá
Damiana & Udo de Gidg en persona
del cariño que te profeso los hijos
Jose & Victoria G. M.
Mandamey Mayo 15 de 1911
a los 14 años



Fotografía tomada por Refugio Z. García (q. e. p. d.) en la Quinta Calderón en Diciembre de 1926.

De izquierda a derecha: Don Jesús Cantú Leal, fundador de "El Porvenir"; Sr. Eduardo Martínez Célis, jefe de Redacción del mismo diario; Ing. José F. Ortiz entonces alto funcionario del Banco Mercantil de Monterrey; Don Federico Gómez, Director de "El Porvenir" y Don Matías Garza San-Miguel, jefe de Relaciones Públicas del mismo periódico.



4 de febrero de 1914, día de su matrimonio en Monterrey, N.L. A la derecha del Ing. Ortiz está su suegro, Don Ricardo Sada Mugerza, y a la izquierda de Doña María se encuentra su suegra Doña Damiana Escamilla Flores.





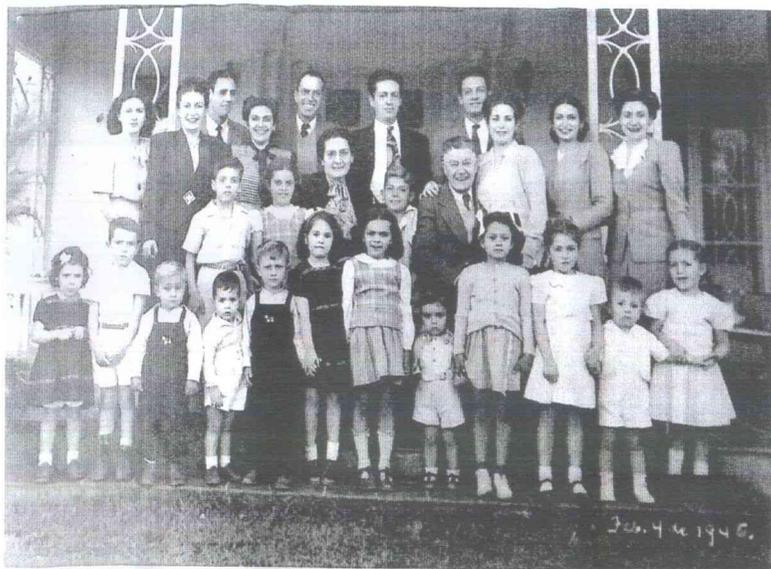
Doña María con sus hijas María Rosa y Susana en 1916



Ing. Ortiz con su madre, Doña Damiana, y sus hijas María Rosa y Susana, y al centro su hermana Virginia



Lucía, Susana, Magdalena, Leonor y María Rosa Ortiz Sada



De izquierda a derecha, arriba: Don Víctor Sirgo, Don Ernesto Bredée, Dr. Carlos Woodworth y Don Benjamín Díaz Flores.

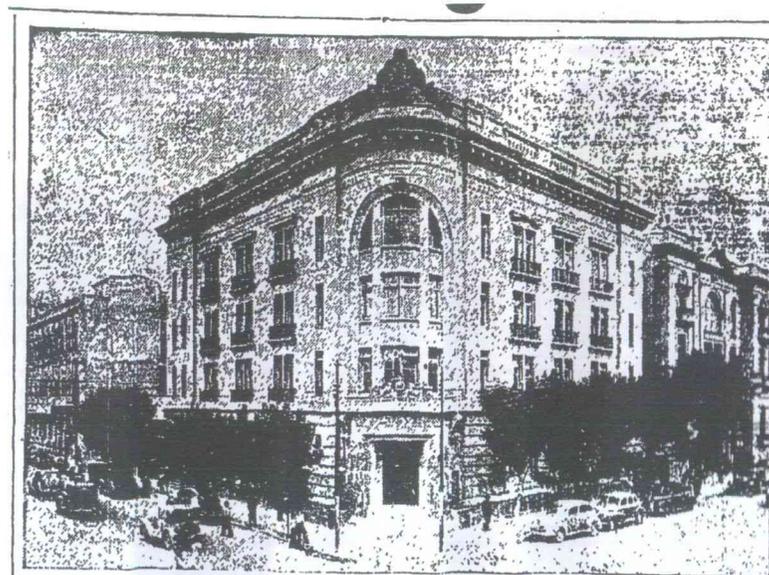
Segunda fila: Laura, Lucía y María Rosa Ortiz Sada.

Tercera fila: Ernesto y María Rosa Bredée, Doña María, José Manuel Ortiz, Ing. Ortiz, Magdalena, Leonor y Susana Ortiz Sada.

Abajo: Gabriela Sirgo, Gustavo Bradée, José Luis Díaz Flores, Víctor Sirgo, Benjamín Díaz Flores, Magdalena Sirgo, Beatriz y Roberto Bradée, Susana Díaz Flores, Marilú, Chale y Georgi Woodworth Ortiz.



Consejeros del Banco de La Laguna cuando el Ing. Ortiz tomó posesión como Director en 1927



EL SOLIDO Y BELLO EDIFICIO DEL BCO. DE LA LAGUNA

El severo edificio del Banco de la Laguna, cuya solidez parece reflejar la de la institución que alberga y que después de treinta y cinco años ha sido modernizado en toda su planta baja para darle toda la amplitud, elegancia y confort que requiere su prestigio y la importancia que ha alcanzado nuestra ciudad. Estas obras serán inauguradas esta noche, y mañana abrirá sus puertas al público.



Ing. Ortiz y Don Francisco Benavides



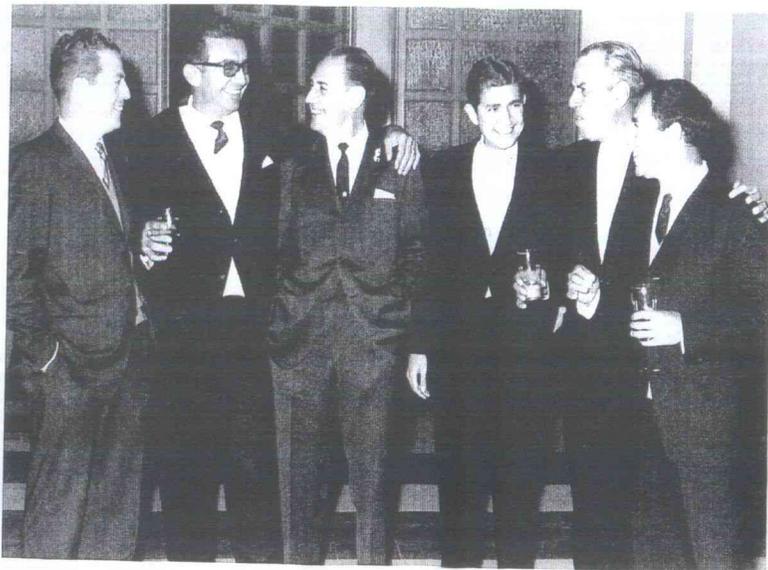
Don Eloy Vallina y el Ing. Ortiz en 1958, cuando el Banco de La Laguna se fusiona con el Banco Comercial Mexicano



Susana, Magdalena, María Rosa, Ing. Ortiz, Doña María, José Manuel, Lucía, Laura y Leonor Ortiz Sada



El Ing. Ortiz en 1942, acompañado de su hijo José Manuel en una de sus visitas diarias a los plantíos de experimentación de frijol soya plantados en la Laguna a instancias del propio Ingeniero.



Dr. Carlos Woodworth, Francisco Real Encinas, Víctor Sirgo Palacios, José Manuel Ortiz Sada, Ernesto Bredée de la Garza y Jorge Cravioto, yernos e hijo del Ing. Ortiz



Navidad de 1973



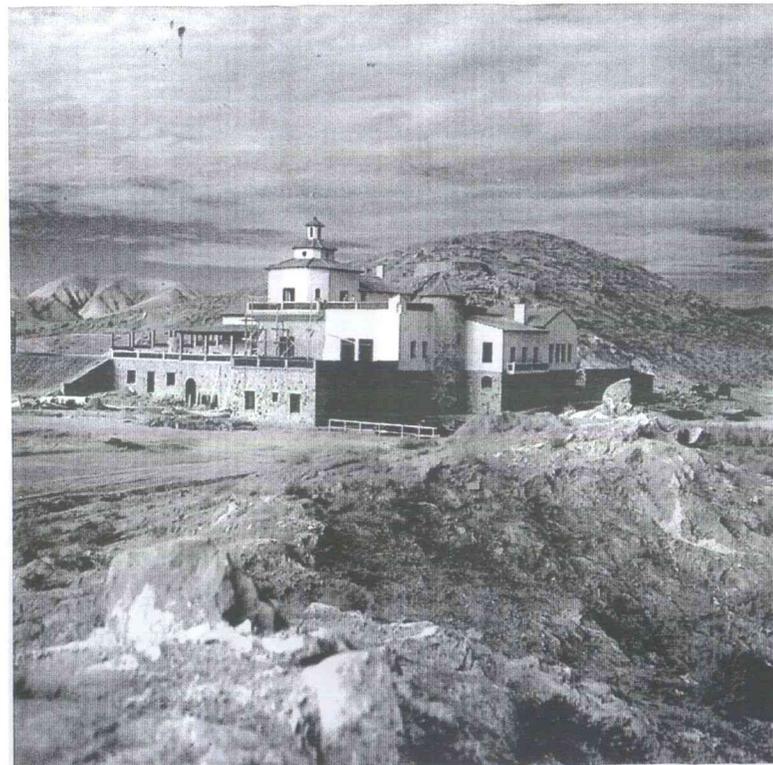
Navidad de 1973



60 aniversario matrimonial, 4 de febrero de 1974



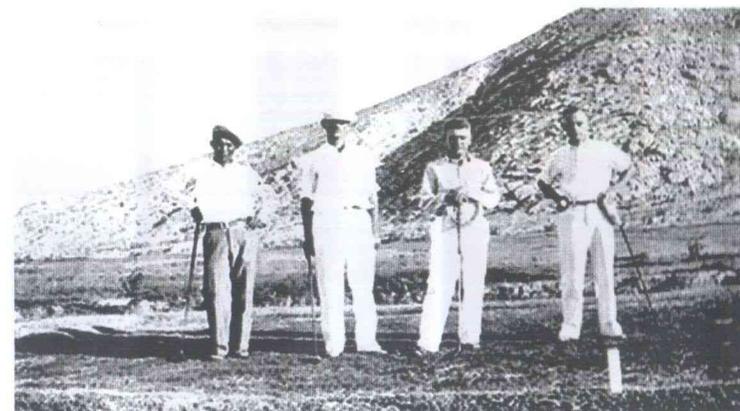
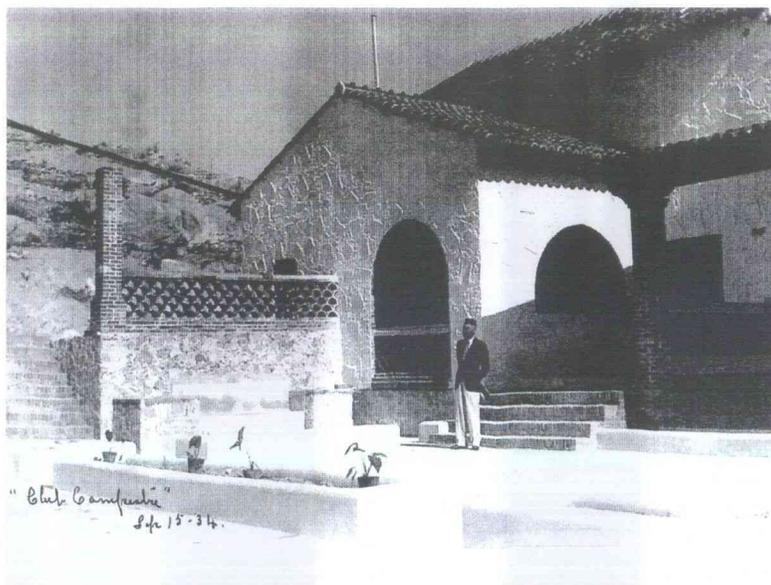
*Visita al Papa Pio XII en el Vaticano
durante su viaje por Mesorient e en 1957*



Construcción de la Casa Club del Club Campestre Lagunero

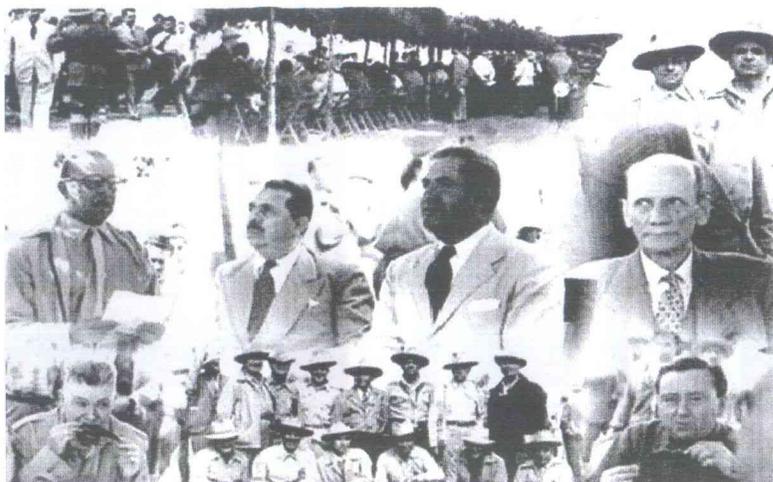


*Doña María con sus hijos Leonor, Lucía, Laura, María Rosa, José Manuel
Susana y Magdalena el día de su 90 aniversario*



15 de Septiembre que se jugó golf en el
 Centro Campestre
 [Signature]

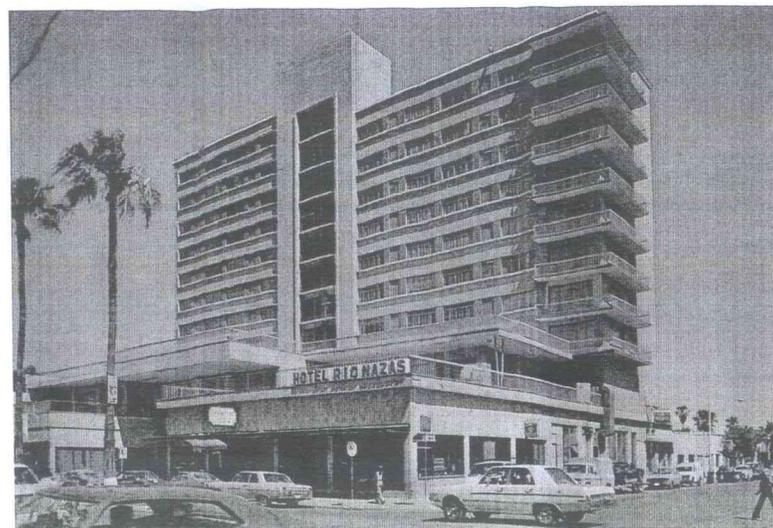
Primera ocasión en que se jugó golf en el Club Campestre, 1934

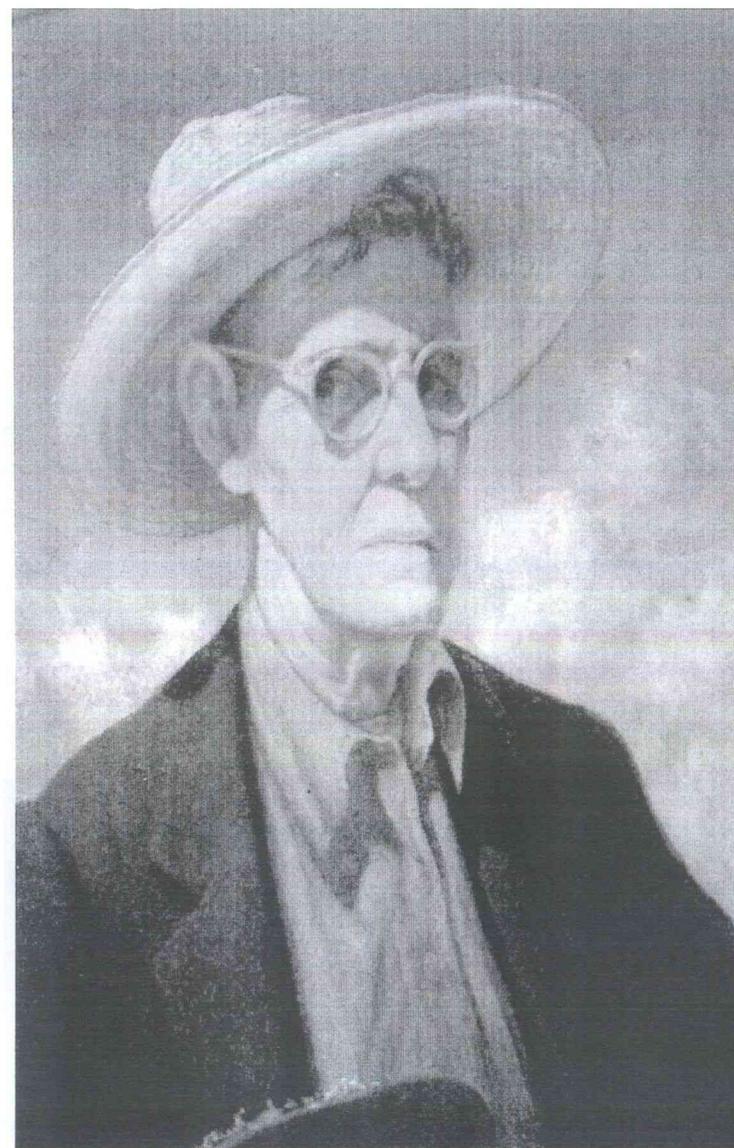


Almuerzo que ofrecieron en la Zarca, Dgo. los ganaderos de la región a los señores Presidente Don Manuel Ávila Camacho y ex Presidente Ing Lázaro Cárdenas del Río con motivo de la inauguración de la presa El Palmito el día 6 de octubre de 1964. El discurso lo ofreció Don Salvador Valencia. Del lado derecho se encuentra el Sr. Gobernador de Durango Elpidio G. Velázquez. Abajo en los costados los anfitriones del evento, del lado izquierdo el Ing Ortiz y del lado derecho Don Domingo Valdés.

Arriba del lado izquierdo la enramada donde se llevó a cabo el almuerzo, del lado derecho Don Ernesto Bredé, Don Salvador Valencia y Don Luis J. Garza. Abajo al centro un grupo de empresarios, de pie de izquierda a derecha Don Julio Ugarte, Sr. Honeycutt, Don Julio Müller, Don Tomás Villarreal, Don Luis J. Garza, Don Salvador Valencia y el Sr. Barraza.

Incados de izquierda a derecha Don Chema Gómez, Don Manuel Valencia, Don Víctor Sirgo, Don Ernesto Bredé, Don Ignacio Valencia y Don Juan de la Cerda.





Autorretrato de Salvador Tarazona, con la siguiente dedicatoria: "A mis dos mejores amistades en mi vida: El sol y el Ing. Ortiz", octubre 18 de 1948

La primera edición de
Ing. José Federico Ortiz Escamilla. Memorias de una vida
en La Laguna constó de 150 ejemplares y se imprimió en agosto del 2018
en Groppe Imprenta

- Historia de los Bancos en México
- Introducción
 - Datos relevantes:
 - II. Primeros Bancos 1808 - 1910
 - III. - Bancos en la Revolución 1910 - 1917
 - IV. Pos - Revolución: Reconstrucción 1918 - 27
 - V. Revolución Escobariana 1927
 - VI. - Crisis 30s.
 - VII. Reporte Axiario 1936
 - VIII. - ~~II~~ Guerra Mundial 1939 - 1945
 - XIX. Pos - Guerra. 1946 - 52.
 - XX. ~~Crisis Axiario~~ ^{Auge Bancario} ? 52 - 54

A mis dos mejores amistades en mi vida:
El sol y el Ing. Ortiz.

Salvador Tarazona, octubre 18 de 1948

Yo siento que quienes aquí vivimos tenemos una deuda con los próceres que a golpe de marro forjaron nuestra Comarca, y de ello que mi admiración por los hombres que hicieron posible la conquista del desierto haya sido mi guía.

Palabras del Ing. José F. Ortiz al recibir el Premio al Mérito Lagunero, en su primera edición, en la Compañía Vinícola del Vergel, septiembre 7 de 1968.

La vida es un largo viaje al que concurrimos todos, mas de tan distintos modos, que da risa y da coraje. En arnés magnífico o en asno pacífico, por tan angosta vereda mezclados van pobres y ricos. Si el grande atropella al chico, atropellado se queda; y sin hallar posada, juntos han de caminar hasta concluir la jornada. ¡Esa es la vida, mi amigo!

Palabras del Ing. José F. Ortiz a su nieto Ernesto Bredée Ortiz, quien le preguntó ¿Qué es la vida?